

CARLOS GOROSTIZA

# EL PAN DE LA LOCURA

## PERSONAJES

Garufa (26 años)  
Badoglio (40 años)  
(Habla con un no exagerado pero sí evidente acento del centro de Italia)  
José (24 años)  
Patrón (42 años)  
Juana (37 años)  
Empleada (25 años)  
Antonio (37 años)  
Mateo (17 años)  
Mujer (50 años)  
Repartidor (26 años)  
Inspector (45 años)  
Hombre 1º (45 años)  
Hombre 2º (45 años)

Se estrena el 18 de julio de 1958 en el Teatro Nacional Cervantes, animada por el elenco estable de la Comedia Nacional, bajo la dirección del autor. En la interpretación intervienen Hilda Suárez (*Juana*), Fernando Labat (*Antonio*), Carlos Alerto Carella (*Patrón*), Marcelo Krass (*Garufa*), Fernando Vegal (*Badoglio*), Alejandro Ester (*José*), Oscar Rovito (*Mateo*), Lilian Blanco (*Empleada*), Carmen Oliver (*Mujer*), Miguel Narciso Bruse (*Repartidor*), Juan Alberto Domínguez (*Inspector*), Ángel Munday (*Hombre 1º*) y Eduardo Gualdi (*Hombre 2º*). Escenografía: Federico Padilla.

## LUGAR DE ACCIÓN

*Cuadra<sup>1</sup> de panadería de barrio, en los alrededores de Buenos Aires. El lugar es viejo y descuidado, y el polvo de harina que patina<sup>2</sup> el techo y las paredes no alcanza a cubrir la antigua y persistente suciedad del ambiente.*

*Lateral izquierdo: adelante, pequeña puerta con tres escalones que comunica con la trastienda del negocio; más allá, la batea<sup>3</sup> de amasar.*

*Foro: dos puertas de dos hojas que dan al corredor que se supone corre a lo largo uniendo los dos extremos de la casa, comunicándose a la izquierda con la calle y a la derecha con los fondos. Para cruzar ambas puertas, así como la que comunica con el negocio, es preciso subir tres escalones, ya que la cuadra se encuentra a un nivel inferior. Entre las dos puertas, contra la pared, canastas y bolsas de harina. Las dos puertas permanecen siempre abiertas y dejan ver una pared descascarada por el tiempo y la mala pintura.*

*Lateral derecho: el horno, más allá la hornalla. Una mesa arranca del horno hacia el centro. En medio de la cuadra, una mesa en T con la cabeza mirando hacia la batea de amasar. Mesas. Bancos. En todas partes harina.*

## TIEMPO DE ACCIÓN

*Época actual. De mañana. Primavera u otoño.*

## ACTO PRIMERO

*José y Badoglio están terminando de dar forma a los últimos panes colocados sobre la mesa ubicada frente al horno. Garufa está sacudiendo la bolsa cuya harina acaba de volcar dentro de la batea, y al mismo tiempo canta –muy mal, pero como si quisiera cantar muy bien– las últimas estrofas de un tango.*

GARUFA (*cantando*). –

Yo soy un criollo bueno, me llamo Alberto Arena.

Señor, me traicionaron, y los maté a los dos.

Mi china<sup>4</sup> fue malvada, mi amigo era un sotreta<sup>5</sup>,  
y en brazos del infame me basureó<sup>6</sup> la infiel.

Las pruebas de la infamia las traigo en mi maleta:

Las trenzas de mi china y el corazón de él<sup>7</sup>.

(*Termina con mucho énfasis la última estrofa.*)

BADOGLIO (*a José*).- Mirá un poco. Las trenzas de machina y el corazón de él todo adentro de la maleta. Je.

GARUFA.- Y bueno. Las letras son así. Qué le vas a hacer.

---

<sup>1</sup> *Cuadra*: ámbito amplio donde se elabora el pan y se encuentra el horno de las panaderías.

<sup>2</sup> *Patina*: del verbo patinar. Que recubre o cubre.

<sup>3</sup> *Batea*: bandeja grande de madera.

<sup>4</sup> *China*: Mujer del gaucho, del criollo, por extensión del campesino

<sup>5</sup> *Sotreta*: falso, canalla.

<sup>6</sup> *Kbasureó*: ofendió, rebajó.

<sup>7</sup> “Yo soy... el corazón de él”: es la letra del tango “A la luz del candil”, de Flores y Navarrine.

BADOGLIO.- ¡Las letras son así! Hay tantas cosas lindas para decir, por ahí...

GARUFA.- Calláte, tano<sup>8</sup>. Qué sabés de tangos, vos.

BADOGLIO (*Ya terminaron su trabajo*).- Por ejemplo... ¿vos conocés “Vieni sul mar”<sup>9</sup>?

GARUFA.- No. ¿Por qué?

BADOGLIO.- Bueno. Esa sí que tiene linda letra.

GARUFA (*a José*).- Je. ¿Lo oíste, polaco?

JOSÉ (*NO LO OYE. A Badoglio*).- ¿Y cómo es, che?

BADOGLIO.- Y... habla del mar. Y de la luna. Poesía. Propiamente poesía.

JOSÉ.- Dale, cantála.

GARUFA.- ¡No, che, por favor!

JOSÉ.- ¡Vos calláte!

GARUFA.- ¡Y si total no entendemos nada!

JOSÉ.- ¡Vos no entenderás!

GARUFA.- Qué, ¿vos entendés, acaso? ¡No me vas a decir que en Polonia hablan en italiano, ahora!

JOSÉ (*A Badoglio*).- No le hagas caso. Dale, cantala.

BADOGLIO.- ¡Eh, no! ¡Ahora no! La cantaba con los muchachos, en el pueblo, antes de la guerra. Allá daba gusto.

GARUFA.- ¿Y por qué allá sí y acá no?

BADOGLIO.- Y... allá estaba con todos ellos, con los míos, ¿sabés?

GARUFA.- Bah, bah, bha. Todos italianos.

BADOGLIO.- Y además allá estaba el mar ahí enfrente, nomás. ¡Y no este río lleno de barro que tienen ustedes!

GARUFA.- Qué. ¿Acaso nosotros no tenemos mar? ¿O vos nunca fuiste a Mar del Plata?

BADOGLIO.- ¡Mar del Plata! ¡Si vieras el agua de Tirreno<sup>10</sup>! ¡Eso si que es mar!

---

<sup>8</sup> *Tano*: por italiano

<sup>9</sup> “*Vieni sul mar*”: canción popular italiana de Vergine

<sup>10</sup> *Tirreno*: mar entre Italia, Sicilia, Córcega y Cerdeña

GARUFA (*Busca otro argumento*).- ¿Y el río? ¿Qué tenés que decir del río? ¡Es el más ancho del mundo!

BADOGLIO.- Sí. Y el más sucio.

GARUFA.- ¿Pero al final todo lo que hay aquí para vos es una porquería? ¿Por qué no te quedaste en Italia, entonces?

JOSÉ.- ¡Ya sabés por qué no se quedó, pajarón<sup>11</sup>!

GARUFA.- ¡Rajá, polaco! ¡Andá a Polonia, vos también!

JOSÉ.- ¡A mi no me llames polaco así, eh! ¡Yo soy más argentino que vos!

GARUFA.- ¿Y por qué le dejás que hable mal, entonces?

JOSÉ.- ¡El primero que habló mal fuiste vos!

BADOGLIO (*Con algo oculto*).- Vamos, muchachos, vamos. Aquí nadie habla mal de nadie. ¿Quién puede hablar mal de este país, por ejemplo? ¿Yo? (*A Garufa*) ¿Vos? (*Señala a José*) ¿Este? Los padres de este necesitaban un lugar para vivir, como yo, y aquí lo encontraron<sup>12</sup>. Después tuvieron hijos. (*Señala a José*) Ahí lo tenés. Como yo; yo también tuve hijos aquí: tres. Ahora son así. (*Pone su mano a una cuarta del suelo*) Pero mañana serán como él. (*Mira intencionadamente a Garufa*) O como vos. Porque vos, también... del todo indio no sos. Tus padres habrán venido de algún lado.

GARUFA (*Lo ve venir*).- Mis viejos eran de aquí.

BADOGLIO.- Sí, bueno pero... ¿Y antes?

GARUFA.- ¿Cómo antes?

BADOGLIO.- Sí. Tus abuelos.

GARUFA (*Quisiera cambiar de tema*).- Ah, sí. Por parte de mi vieja eran españoles

BADOGLIO (*Lentamente, mirándolo fijo*).- ¿Y... por parte de tu viejo?

GARUFA (*Quiere escapar*).- Bueno, acabála, che.

BADOGLIO (*Pescándolo*).- Yo digo, ¿no? Porque tu apellido...

GARUFA.- ¡Te digo que la acabés!

BADOGLIO.- Porque vos te llamas Benini, ¿no?

---

<sup>11</sup> *Pajarón*: por atontado o bobo

<sup>12</sup> “*Los padres... lo encontraron*”: entre 1880-1930 llegan al país muchos inmigrantes europeos para “hacer la América”, es decir, para hacer fortuna

GARUFA.- ¡Ufa, che!

JOSÉ (*Muerto de risa*).- ¡Qué decís, criollo! Cantate una canzoneta ahora<sup>13</sup>, ¡dale!

GARUFA (*Desquite*).- ¡vos calláte, porque si no... (*Al mismo tiempo que habla saca un pan de la canasta y se lo arroja a José con bastante violencia. José trata de pescarlo en el aire pero se le escapa y cae justo a la puerta que comunica con los fondos. Por ahí aparece, al mismo tiempo, el Patrón. Mira a todos y recoge el pan mientras habla.*)

PATRÓN.- ¡Vamos, muchachos! Con el pan no se juega, que después se come. (*Y lo limpia frotándose contra su sucio saco blanco. Luego lo coloca en la canasta*) Buen día, Lupo.

BADOGLIO.- Buen día, patrón. ¿Cómo pasó la noche?

PATRÓN.- Y, más o menos. La horneada<sup>14</sup> ya está, ¿no?

BADOGLIO (*señala canastas*).- Sí. Ahí la tiene.

PATRÓN (*Desperezándose*).- Bueno... Tenemos que abrir, entonces. Otro día más. Qué se la va a hacer. (*Y cansadamente desaparece por la puerta de lateral izquierdo, que comunica con el negocio*)

GARUFA.- Se queja. Pero bien que hace funcionar la caja, después.

JOSÉ.- Y bueno; para eso tiene negocio. Poné uno vos.

GARUFA.- Je. ¿Te imaginás lo que sería si todos pusiéramos un negociio? ¿Quién iba a comprar entonces?

JOSÉ.- Claro. Por eso vos no ponés, ¿no?

GARUFA (*Herido*).- ¡Yo no pongo porque no nací para capitalista<sup>15</sup>!

JOSÉ (*más sorna*).- Eso ya lo sabemos.

GARUFA (*no es'ta tranquilo todavía*).- Además... a mí no me gusta explotar a nadie, ¿sabés?

JOSÉ.- Qué. ¿Vas a decir que él te explota, ahora?

GARUFA.- ¿Ah, no? ¿Y de dónde sacó toda la guita que tiene? O nos explota a nosotros o explota a los clientes; una de dos.

JOSÉ.- Vamos, che. ¡Dentro de poco vas a decir que el patrón es el Aga Khan!

GARUFA.- El Aga Khan no. Pero sus buenos mangos los tiene.

---

<sup>13</sup> *Canzoneta*: canción popular napolitana

<sup>14</sup> *Horneada*: por hornada, lo que sale del horno.

<sup>15</sup> *Capitalista*: a través del texto, se nota que el término tiene el sentido de explotación

BADOGLIO (*interviene*).- ¿Y eso a vos qué te importa, si se los ganó? ¿A vos no te paga como manda el sindicato?

GARUFA (*de regreso*).- Je. Por eso me paga. Porque le manda el sindicato. Si no...

JOSÉ.- No, che. Las cosas justas. El trompa<sup>16</sup> no es un mal tipo.

GARUFA (*lo aprendió*).- Andá, andá. Lo que pasa es que a ustedes les falta sentido de clase. ¡Eso es lo que pasa! (*Aparece Juana, entrando por la puerta derecha de foro. Viene subiéndose las mangas de su guardapolvo color crema*)

JUANA.- Buen día.

BADOGLIO.- Buendía, patrona

GARUFA Y JOSÉ.- Buen día. (*Se oye, desde el negocio, el ruido de la cortina metálica al levantarse*)

BADOGLIO (*cabeceando hacia allá*).- Parece que se abre el negocio, ¿eh?

JUANA (*sin importancia*).- Parece, sí. (*Pausa. Mira alrededor*) ¿Y Antonio?

BADOGLIO.- Está al fondo<sup>17</sup>. ¿No lo vio?

JUANA.- Ah, creí que no había venido. No, no lo vi.

BADOGLIO (*señala el pan*).- ¡Eh! ¡Si ya paleó<sup>18</sup> todo esto!

JOSÉ (*Sonriendo*).- Debe estar con los pollitos, en el gallinero

JUANA (*por primera vez denota leve interés en algo*).- ¿Con los pollitos?

JOSÉ (*igual que antes*).- Sí. Se le da por ahí, ahora. Todas las mañanas, después de la primer palada, los va a visitar.

JUANA (*con cierta ironía, sorprendida*).- No sabía nada.

BADOGLIO (*lo disculpa*).- ¡Eh! Usted sabe como es Toño. Dice que le gusta verlos caminar.

JOSÉ (*a Badoglio*).- ¿Sabés que les pone nombres, además?

BADOGLIO.- Sí, ya sé.

JUANA.- Ah, ¿A ellos también?

JOSÉ.- ¿Cómo a ellos también?

---

<sup>16</sup> *Trompa*: patrón al revés (italianismo)

<sup>17</sup> *Está al fondo*: incorrección por: está en el fondo (italianismo)

<sup>18</sup> *Paleó*: trabajó con pala

JUANA (*en el fondo hay mordacidad*).- Tengo entendido que a ustedes ya les puso a todos sobrenombres, ¿no?

GARUFA (*recién habla*).- A nosotros no nos puso sobrenombres, patrona, ¡eh!

JUANA.- ¿cómo? ¿Y a usted no lo llama Garufa?<sup>19</sup>

GARUFA.- Eso porque yo quise. Y todos me llaman así, acá.

JUANA (*sigue su leve mordacidad. Señala a Badoglio*).- ¿Y a Lupo? ¿No lo llama Badoglio?<sup>20</sup>

BADOGLIO (*sonriendo*).- Bah... Es un chiste... Es simpático

JUANA.- ¿Y a... José?

GARUFA.- ¿Y qué quiere? ¿Qué lo llamemos Abraham? Si tuviera otro nombre todavía

JOSÉ (*en el fondo herido*).- ¿Y por qué no me pueden llamar Abraham? ¿Acaso no es mi nombre verdadero?

GARUFA (*con suficiencia*).- Andá, andá... ¡Qué te vamos a llamar Abraham!

BADOGLIO.- Y, patrona. Es el espíritu alegre de Toño. Y no hace mal a ninguno

JUANA (*sobreentendiendo*).- Claro. (*Gira para irse al negocio*) Posiblemente también nos puso sobrenombres a nosotros

BADOGLIO.- ¿A quienes?

JUANA.- A mi marido... y a mí

BADOGLIO (*ingenuo*).- No, que yo sepa... no les puso ninguno. ¿No? (*Consulta con la mirada a sus compañeros*)

GARUFA.- Claro que no. Toño no es de los que hablan de atrás

JOSÉ.- No, patrona. Toño es un tipo derecho

BADOGLIO.- Ah, sí. Lo que se dice un buen muchacho

JUANA (*ya junto a la puerta, los mira con una sonrisa casi triste. Pequeña pausa*).- Parece que todos están de acuerdo

BADOGLIO (*no entiende. Se encoge de hombros*).- ¡Eh!

JUANA (*con un dejo de ironía y tristeza amarga*).- Mejor para él. (*Desaparece por la puerta que da al negocio*)

---

<sup>19</sup> *Garufa*: apodo que alude con sorna a alguien que está siempre alegre y divertido

<sup>20</sup> *Badoglio*: General italiano de la época de Mussolini. En la obra se usa como apodo por ser italiano el personaje.

GARUFA (*mira a sus compañeros*).- ¿Qué le pasa a ésta?

JOSÉ.- Cada día está más rara

BADOGLIO.- Y bueno... tiene sus problemas

JOSÉ.- Sí; pero por eso que no se la tome con Toño. ¿Qué le importa si nos ponemos sobrenombres entre nosotros?

GARUFA.- ¿Vamos a ponerle uno a ella, ahora, de bronca?

JOSÉ.- No. A Toño no le va a gustar. (*Atrás, por el corredor, como llegando desde la calle, para la Empleada del negocio. Sin detenerse y asomándose apens*)

EMPLEADA.- ¡Buen día! (*Y desaparece*)

TODOS.- Buen día

JOSÉ.- Dale, Garufa. Ponéle uno a ésta

GARUFA.- No: ésta ya tiene

JOSÉ (*curioso*).- ¿ah, sí? ¿Cuál es?

GARUFA (*con suficiencia*).- Y... no sé. Pero el otro día oí que el patrón le decía "Pichoncita" (*José se ríe, festejando la broma. Garufa lo acompaña*)

BADOGLIO (*paternal*).- ¡Vamos, muchachos, vamos! ¡No se metan con esas cosas!

GARUFA.- ¡Y bueno, Badoglio! ¡Si eso ya lo saben hasta las piedras!

BADOGLIO.- Que lo sepan. Pero no hay por qué hablar. Todo el mundo es dueño de hacer lo que quiera. Mientras no lo molesten a uno...

GARUFA (*a José*).- Mirálo. Ahí lo tenés a Pilato<sup>21</sup>

BADOGLIO.- Qué Pilano ni qué Pilato. Qué sabrás vos de Pilato

GARUFA.- ¿Ah, no sé? Pilato era el que siempre se lavaba las manos, pajarón.

BADOGLIO.- Calláte, ignorante. Pilato fue el que dejó que crucificaran a Cristo. Por eso fue que se lavó las manos

GARUFA.- Y bueno, eso es lo que yo te dije. ¿O te creés que yo no vi la película, también?

---

<sup>21</sup> *Pilato*: Poncio Pilato, gobernador romano que entregó a Jesús a los judíos y para no comprometerse realizó la acción de lavarse las manos.



BADOGGIO.- ¡Ma<sup>22</sup> que película! ¡Eso está en los libros! Pilato era el que mandaba, ahí, donde estaban los judíos. Ellos lo querían crucificar a Cristo. Y él tenía que decir que sí o que no. Y se lavó las manos

GARUFA (*a José, sonriendo*).- ¿Viste? Ahora les echa la culpa a ustedes.

JOSÉ (*con suficiencia*).- Y si al final Jesucristo también era judío, ¡qué querés!

GARUFA (*se pone serio*).- ¡Vamos polaco!

BADOGGIO (*piensa*).- Tanto como eso no sé. Pero Cristo era cristiano; así que no sé cómo podía ser judío al mismo tiempo

JOSÉ.- ¡Claro que era judío! ¿No era judío, Badoglio?

GARUFA (*amenazando a José con un pan*).- ¡Estos cosos! ¡Ahora lo que falta es que Gardel también sea judío!

JOSÉ.- ¡Andá, qué sabés vos! (*Le arroja un trozo de masa*)

BADOGGIO (*siempre paternal*).- ¡Bueno, vamos, muchachos, acábenla! Mejor vayan a preparar el mate, que ya es hora. Vamos, vamos... (*José y Garufa obedecen. Riendo y arrojándose trozos de masa como en una guerrilla. Garufa persigue a José y así salen por la puerta que da a los fondos. Badoglio, rezongando pero con simpatía, junta la masa arrojada y la coloca en su primitivo lugar. En seguida vuelve el Patrón desde el negocio. Viene con dos canastos de mano; de una canasta grande pasa pan a una de las pequeñas*)

PATRÓN (*señalando el pan*).- ¿Y? ¿Le puso más levadura, como le dije?

BADOGGIO.- Sí, ahí lo tiene

PATRÓN (*apretando el pan*).- Está bastante bueno

BADOGGIO.- Y, más o menos. Cuanto más levadura más aire

PATRÓN (*ríe*).- El aire engorda (*Ríe*)

BADOGGIO (*no ríe*).- Y con el centeno, ¿qué hacemos?

PATRÓN (*recordando*).- Ah. Sigán nomás. Ya hablé con el molino. (*Cabecea señalando una bolsa*) Dicen que eso no es nada; un poco seca, nomás.

BADOGGIO.- ¿Usted la vio, no?

PATRÓN.- Sí, sí. No se preocupe, no es nada. Sigán nomás

BADOGGIO (*se encoge de hombros*).- Bueno

---

<sup>22</sup> ¡Ma...!: vos vulgar por : ¡Pero...!

PATRÓN.- Además, nadie se quejó... ¡Y vea que para quejarse siempre encuentran tema, eh!

BADOGLIO.- ¡Eh! Me imagino. La gente es así.

PATRÓN.- ¡todo lo que uno tiene que oír detrás de ese mostrador! Cuando no es el calor es el frío, y cuando no es el frío es el gobierno, pero siempre tienen de qué quejarse. A veces me dan ganas de bajar la cortina y mandar todo al diablo. Lo juro

BADOGLIO.- Y, sí. Es la lucha

PATRÓN (*manosea exageradamente un pan*).- como cuando se ponen a manosear el pan para ver si está bueno ¡Eso me pone! (*Lo arroja en la canasta*)

BADOGLIO.- Je. Hubieran comido el que comimos nosotros, allá...<sup>23</sup>

PATRÓN.- Eso es lo que yo digo siempre. ¡Qué a este país le hacen falta unos años de guerra!

BADOGLIO (*lo mira. Tiempo*).- ¿Ah, sí? ¿Para qué?

PATRÓN.- ¡Para que aprendan! Aquí tienen de todo y viven demasiado bien; eso es lo que pasa

BADOGLIO (*poniéndolo en duda*).- Vea; yo estuve allí y le aseguro que...

EMPLEADA (*viene con el guardapolvo puesto, acomodando el cuello; camina rápido*).- Buen día

PATRÓN.- Buen día. (*Ya no atiende los argumentos pendientes de Badoglio. A ella*) Ya que está... ¿quiere, por favor? (*Señala el trabajo que está realizando*)

EMPLEADA.- Sí, como no (*Ayuda al patrón en su tarea. Badoglio queda separado físicamente, pero intenta reanudar su argumentación*)

BADOGLIO.- Como le decía, yo pasé algunos años allá, y le aseguro que...

PATRÓN (*no lo oye y le interrumpe halándole a a la Empleada*).- Ya está bien. Ahora la otra. (*Por las canastas*)

BADOGLIO (*comprende que no es oportuno seguir la charla ni permaneces ahí*).- Bueno... Si me necesita estoy al fondo, con los muchachos, preparando el mate

PATRÓN (*apenas lo oye*)- Sí, sí, Lupo. Vaya nomás (*Badoglio sale, después de echar una última mirada furtiva a la pareja*)

EMPLEADA (*cabeceando hacia la puerta por donde salió Badoglio*).- ¿Sabe algo?

PATRÓN.- ¿Por qué?

---

<sup>23</sup> *Allá*: indica la Europa de la segunda guerra mundial

EMPLEADA.- Por la manera de irse

PATRÓN.- ¡Bah! No tengas miedo, pichoncita (*Le rodea la espalda con el brazo y acerca sus mejillas*)

EMPLEADA (*deprendiéndose*).- ¡Cuidado, que puede venir alguien!

PATRÓN.- Siempre igual. ¿Cuándo vas a aprender que al único que tenés que tenerle miedo es a mí? ¿Eh?

EMPLEADA (*sonríe ahora*).- No sea zonzo ¡Cómo voy a tenerle miedo a usted!

PATRÓN (*ríe*).- ¿Sabés que sería lindo que me tuvieras miedo? (*Ríe y la atrae nuevamente. Los dos ríen. Es ese momento aparece Antonio por la puerta que da a los fondos. Apenas coloca el pie en el primer escalón ve a la pareja; entonces retrocede, se oculta, y apoyándose tranquilamente contra la puerta comienza a silbar "Toreador" de "Carmen"*<sup>24</sup>. *Silba bajito, como si estuviera lejos; luego hace crecer el silbido en intensidad como si se fuera acercando hasta que al fin, silbando fuerte, entra cómodamente al lugar. El Patrón y la Empleada, al oírle primer silbido, se habían separado ya nerviosamente*)

ANTONIO ( *fingiendo sorpresa*).- Hola, patrón. Llevándose el veneno, eh

PATRÓN.- Y, qué va a hacerle. Hay que empezar a vender

ANTONIO.- Claro que sí. (*Se sienta sobre una mesa. Mira a los dos con una amplia sonrisa que no deja traslucir nada. Al fin:*) Buen día... Caperucita Roja (*Los dos lo miran con sorpresa*)

EMPLEADA.- ¿Y eso?

ANTONIO (*siempre sonriente*).- ¿No es gracioso?

EMPLEADA.- No se le ocurra ponerme un sobrenombre a mí, eh

ANTONIO.- ¡No, qué esperanza!

EMPLEADA (*que no le cree*).- Si trabajara en vez de andar pensando en esas tonterías...

PATRÓN (*para cambiar de tema, rápido*).- A propósito... hoy viene el ayudante, eh

ANTONIO.- ¿Ah, sí? Lo que se llama una buena noticia

PATRÓN.- Está por llegar. Le dije que viniera después de abrir el negocio, así arreglamos

ANTONIO.- Esperemos que arreglen, entonces. Si no... ya van a hacer tres semanas que...

---

<sup>24</sup> *Carmen*: Menciona la obra de Jorge Bizet

PATRÓN.- Sí, sí. Pierda cuidado

EMPLEADA.- Tres semanas ¡Cuánto, eh!

ANTONIO *(siempre sonriente)*.- Mucho, Caperucita Roja. Mucho *(Aparece Juana por la puerta que da al negocio)*

EMPLEADA.- ¡A mí no me llame Caperucita Roja, eh!

JUANA.- ¿Está el pan, ya? Hay gente esperando

PATRÓN.- Sí, sí. Ya vamos. *(A la Empleada nerviosamente)* Vamos *(Toma una canasta bajo el brazo y la Empleada toma la otra. Los dos salen hacia el negocio, pasando delante de Juana. Ella queda ahí, enfrentando la sonrisa de Antonio)*

ANTONIO *(después de mirarse los dos un instante)*.- Hola

JUANA *(no contesta. Imita su sonrisa, camina lentamente)*.- ¿Caperucita Roja?

ANTONIO *(no contesta)*

JUANA *(insiste)*.- Otro sobrenombre

ANTONIO *(ya que ella lo quiere)*.- Sí. Fue una especie de inspiración recién...

JUANA.- Y por qué... Caperucita Roja

ANTONIO.- Ya le dije. Inspiración

JUANA *(mirando hacia la puerta por donde recién salieron los otros)*.- Mucho no se parece

ANTONIO.- Mucho no

JUANA.- ¿Entonces?

ANTONIO.- No pregunte, patrona. Es una mala costumbre. El que quiere hablar habla aunque no le pregunte. Y el que no quiere...

JUANA.- Razones tendrá, para no hablar.

ANTONIO.- Por supuesto

JUANA.- ¿Cuáles?

ANTONIO.- No le iba a gustar

JUANA.- Será algo sucio, seguro

ANTONIO.- Adivinó

JUANA.- Entonces tiene razón; mejor que se calle (*Camina hacia la puerta que da a los fondos. Gira*) Y tenga cuidado de no contagiar a los pollitos. Todavía son inocentes (*Va a seguir su camino pero la detiene la risa de Antonio*)

ANTONIO (*riendo*).- No tenga miedo. Voy para que me contagien amí.

JUANA.- ¿A usted?

ANTONIO (*jugando*).- Sí. Me gusta la gente alegre. Y los pollitos son gente alegre

JUANA (*mordaz*).- No lo sabía

ANTONIO (*sigue el juego*).- ¡Porque no los habrá mirado bien! Vaya y fíjese cómo caminan, cuando salen a buscar comida, a la mañana (*Da dos o tres saltitos imitando el andar de los pollos*) Cli-clic. Cli-clic (*ríe*) Están contentos; contentos de vivir. Se les ve en la cara

JUANA (*con amarga sonrisa, casi para sí*).- Usted también

ANTONIO (*se detiene*).- ¿Yo también qué?

JUANA.- Quisiera estar contento

ANTONIO.- Yo estoy contento

JUANA.- Usted se ríe, nada más

ANTONIO.- Qué quiere que le haga. Es una especie de motor, aquí... (*se toca la boca del estómago*) Además... es salud

JUANA.- No mienta, usted tiene necesidad de reírse. De cualquier cosa

ANTONIO (*serio*).- Y bueno; me gusta estar contento, sí. Y me río. Me río cuando hay algo gracioso

JUANA (*con rencor disimulado*).- Como lo de... Caperucita Roja

ANTONIO (*la observa. Tiempo*).- ¿Otra Vez?

JUANA.- ¿No es gracioso, acaso? Usted se reía

ANTONIO.- Bueno, sí; es gracioso

JUANA.- Tendrá un significado, me imagino

ANTONIO (*la enfrenta, tranquilo*).- ¿Entonces... quiere de veras que se lo diga?

JUANA (*rápida*).- No, no. (*Tiempo*) Supongo que yo estaré... complicada en la cosa.

ANTONIO.- No. Usted no

JUANA.- Mi marido, entonces

ANTONIO (*la enfrenta definitivamente, mirándola con cierta piedad*).- Ni que le gustara hablar siempre de ese asunto

JUANA (*tocada*).- ¿Qué quiere decir?

ANTONIO (*franca pero suavemente*).- Que cada vez que puede viene acá y busca la vuelta para sacar a relucir el tema. Ya le dije que en ese asunto yo no soy nada más que público. Y a la fuerza.

JUANA (*tiempo. Se muerde*).- Pero se divierte

ANTONIO.- Qué quiere que haga

JUANA.- Le parece bien

ANTONIO.- Cuando el drama falla el público se ríe, ¿no? Tiene derecho. Es como una honda. Una honda puede estar tendida un tiempo. Pero después, o dispara... o pifia<sup>25</sup>. Y si pifia, los que están mirando se ríen: es gracioso

JUANA (*sin levantar la cabeza*).- y tienen derecho

ANTONIO (*tocado. Más suavemente*).- Vea, patrona. Una vez, cuando yo era pibe, a la salida del colegio me mojaron la oreja<sup>26</sup> (usted sabe, así nos desafiábamos siempre). Pero ese día mi vieja, antes de salir, me había dado una buena paliza y un buen consejo: “Si volvés otra vez con el guardapolvo roto te mato”. (*Sonríe y luego se pone serio*) Además había llorado; y ella no era de esas que lloran siempre. En casa también había varios líos y... (*Cambia*) La cosa era que yo no podía pelear. El otro chico me había mojado la oreja y todos los demás estaban así mirándome, esperando. Era el momento dramático. Pero yo no podía pelear. Así que aguanté lo que pude... y al fin agaché la cabeza y salí corriendo. (*Pausa*) No lo voy a olvidar en mi vida; justo en ese momento todos se pusieron a reír. (*La mira*) ¿Comprende, patrona? El drama... había fallado. (*Pausa. Sonríe.*) Me siguieron todos hasta la puerta de mi casa, gritando. Todavía los oigo: “¡Se ladio! ¡Se la dio! ¡Se la dio!” (*Ríe*)

JUANA (*después de un silencio*).- El drama había fallado

ANTONIO (*no contesta. Solo la mira*).

JUANA (*resolviendo la situación*).- Fue una pena. A usted le había gustado pelear, aquel día

ANTONIO (*saboreándolo, graciosamente*).- ¡Sí me habría gustado! ¡Le habría roto el alma a aquel compadrito!<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> *Pifia*: que se equivoca o falla

<sup>26</sup> *Mojaron la oreja*: desafiaron o incitaron a pelear.

<sup>27</sup> *Compadrito*: aquí, como prepotente, fanfarrón.

JUANA (*sonríe*).- Ahora también

ANTONIO (*no entiende*).- ¿Ahora también qué?

JUANA.- Le rompería el alma a quein le mojase la oreja

ANTONIO (*sonriendo*).- Puede ser

JUANA.- Sin pensar si vale la pena o no

ANTONIO (*rápido*).- ¿Por qué no va a valer la pena?

JUANA (*amarga*).- Usted, a la mañana, al despertarse, en la cama, no se hace la pregunta: “¿Vale la pena?” Usted pega el salto, nomás. **Sabe** que vale la pena. **Siente** que vale la pena. Y pega el salto

ANTONIO (*la mira fijamente*).- Sí. Si no, llevo tarde al trabajo.

JUANA (*le devuelve la mirada*).- No se haga el zonzo

ANTONIO (*se hace el zonzo*).- Perdone, patrona. Me da la sensación de que me quiso decir algo importante. Pero no entiendo.

JUANA (*sabe que entiende*).- Es una lástima

ANTONIO.- ¿Qué?

JUANA.- Usted

ANTONIO.- Gracias. ¿Pero se puede saber por qué?

JUANA.- Porque si usted quisiera... Badoglio tendría razón

ANTONIO.- ¿Qué pasa? ¿Qué dijo Badoglio?

JUANA.- Dijo que usted era un buen muchacho

ANTONIO.- Badoglio tiene razón. Aunque usted no esté de acuerdo

JUANA.- ¿Ah, sí?

ANTONIO.- Bueno; usted nunca podría estar de acuerdo con él; Badoglio es un tipo simple. No busca explicaciones a todas las cosas y después las complica. Las cosas son como son: el pan pan y el vino vino. (*La mira fijo*) *Y cuando se despierta, a la mañana, lo primero que siente es que respirar, nomás... es una gran cosa*

JUANA (*devuelve la mirada; mordaz*).- ¿Él se lo contó?

ANTONIO (*igual*).- No tiene la necesidad de contaármelo. Yo lo sé

JUANA (*igual*).- Se entienden

ANTONIO (*igual*).- Somos muchos los que nos entendemos. Y si quiere... la inscripción está abierta

JUANA (*terminando, con una sonrisa casi despreciativa*).- Voy a pensarlo. Gracias (*Va hacia la puerta que da a los fondos*)

ANTONIO (*igual*).- No hay de qué

JUANA (*gira*).- Y en cuanto a eso de Caperucita Roja. No sé lo que querrá decir. Pero no debe ser muy gracioso (*Se va. Antonio queda quier, pensativo. Por la misma puerta, dando paso a Juana, aparecen Badoglio, Garufa y José con los elementos de cebar mate*)

BADOGLIO (*al entrar*).- Bah, bah, bah. Si no estoy yo dejás hervir el agua otra vez

GARUFA (*tranquilo*).- ¿Y entonces por qué no hacés siempre mate vos?

JOSÉ.- Lo que pasa es que vos lo hacé mal a propósito. Así te salvás

GARUFA.- ¡Calláte, mal pensado!

ANTONIO (*hosco, sin pausa*).- Che, Garufa

GARUFA (*se acerca*).- Sí, qué pasa

ANTONIO.- Decime si es gracioso o no es gracioso

GARUFA.- Qué cosa

ANTONIO.- Caperucita Roja

GARUFA (*no entiende*).- ¿Quién?

ANTONIO (*señala el negocio*).

GARUFA (*comienza a sonreír*).- ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

ANTONIO (*hosco, casi vengativo, esperando la reacción*).- Porque se la come el lobo

GARUFA.- Porque... (*Comienza a reír desafortadamente. Se dirige a José que ya ríe también*) ¿Oíste, polaco?

JOSÉ (*riendo*).- Sí. (*Ríen todos menos Antonio*)

ANTONIO.- ¿Es gracioso o no es gracioso?

GARUFA.- ¡Otro que gracioso! ¡Está fenómeno! ¡Caperucita Roja! ¿Oíste, polaco?



JOSÉ (*que ya solo sonreía, se pone serio*).- ¡Ya te dije que sí, che!

GARUFA (*bajando la risa*).- ¿Cómo se te ocurrió, Toño?

ANTONIO.- No sé. Inspiración. (*Ahora ríe él también y pega una palmada en la espalda de Garufa*)

BADOGLIO (*todavía sonriendo*).- Cuidado, muchachos. Con esas cosas no conviene meterse. Siempre traen líos

GARUFA (*serio*).- Che, viejito. ¿Vos siempre igual?

BADOGLIO (*que está preparando el mate*).- ¡Vos siempre igual! Si hubieras pasado por todo lo que yo pasé

ANTONIO (*le quita el gorro, pasándoselo a José como una pelota*).- Está bien, no hablés más; ya sabemos que ganaste la guerra, Badoglio

GARUFA.- ¡Sí, che, acabála!

BADOGLIO (*pidiéndole el gorro con la mano a José, mientras se le acerca*).- ¡La guerra! ¡La guerra no la gana nadie! Dame eso.

JOSÉ (*arrojándole el gorro a Garufa*).- Pase

BADOGLIO (*continuando, va hacia Garufa*).- Ustedes la toman a broma porque no estuvieron allá. Vamos, dame

GARUFA (*arrojándoselo a Antonio*).- Pase

BADOGLIO (*continuando*).- ¡Pero si hubieran estado allá, en medio del táquetetáque!<sup>28</sup> (*Va hacia Antonio pidiéndole el gorro con la mano*) Dame

ANTONIO (*con ironía, mientras arroja el gorro otra vez a José*).- ¿Y para qué estuviste, si no te gustaba?

BADOGLIO (*que ya iba hacia José, se vuelve a medias hacia Antonio*).- ¡Cómo para qué estuve! ¡Si no ibas te ponían contra la pared! (*Va hacia José*)

JOSÉ.- ¡Qué! ¿De penitencia? (*Arroja el gorro a Garufa*)

BADOGLIO.- ¡Bueno, acábenla, porca miseria<sup>29</sup>! (*Hacia Garufa*) ¡Dame, querés!

GARUFA (*arroja el gorro a Antonio*).- Lo que pasa es que vos sos un tipo de poco carácter

---

<sup>28</sup> *Táquetetáque*: onomatopeya para emeplificar el ruido de las ametralladoras

<sup>29</sup> *Porca miseria*: del italiano: sucia miseria, mala suerte

BADOGLIO.- Sí, poco carácter (*Mira el gorro en poder de Antonio, se encoge de hombros y opta por abandonar la lucha. Va a la mesa donde están los implementos del mate y allí comienza a cebar*) Unos cuantos millones con poco carácter

ANTONIO (*que juega con el gorro en las manos*).- ¿Así que había muchos que no querían estar, allá?

BADOGLIO.- ¡Eh! ¡Casi ninguno!

JOSÉ.- ¿Y por qué no se unían, entonces?

BADOGLIO.- ¿Ah, sí? ¿Y cómo hacías? ¿Ponías un aviso en el diario? Allá te llamaban, te metían en el uniforme.. ¡y vía! Y de repente te encontrabas en medio de un montón de gente que no conocías. En toda la guerra me encontré con uno solo que era de mi pueblo; y ése justo era fascista<sup>30</sup>

JOSÉ.- Y quería pelear

BADOGLIO.- Ma que iba a pelear. Se había acomodado de cocinero

ANTONIO (*se acerca a Badoglio y tomando el gorro desde el centro de la copa con la punta de los dedos, lo deja caer sobre su cabeza*).- Badoglio: otra vez que vayas a una guerra avisáme. Así te consigo una recomendación

BADOGLIO.- Sí. Cualquier día me van a agarrar para la que viene. Ahora soy argentino. Tengo tres hijos aquí

GARUFA.- Qué. ¿Y vos te pensás que ahora nosotros nos íbamos a salvar? ¡En esta no se salva nadie, viejito!

JOSÉ.- ¡Che, pero ustedes están hablando como si fuera seguro que va a venir una guerra!

GARUFA.- ¿Y no leés los diarios, acaso?

JOSÉ.- ¡Bueno, pero si vas a hacer caso a todo lo que dicen los diarios!

GARUFA.- ¿Y la bomba atómicas? ¿Y la de hidrógeno? ¿Eso no es cierto, tampoco? ¿No están haciendo explotar una todos los días?

JOSÉ.- ¿Y qué tiene que ver? Las están probando ¡Eso no quiere decir que va a haber guerra!

GARUFA (*LO MIRA CON GESTO E INCRECULIDAD*).- ¿Ah, no? ¿Y para qué las están probando, entonces? ¿Para ver quién hace más ruido en Año Nuevo?

JOSÉ.- ¡Andá, salí de ahí! ¡Qué sabés vos, de guerra!

GARUFA.- ¡Ah, no; sabés vos! Preguntále a Toño, si no. Decíle, Toño; ¿va a haber o no va a haber guerra?

---

<sup>30</sup> *Fascista*: seguidos de las ideas impuestas en Italia por el régimen dictatorial de Mussolini

ANTONIO (*estaba más allá. Los mira. Tiempo. Con penetrante ironía, pausadamente, pero con frescura*).- Vos tenés un dedo de frente, ¿no?

GARUFA.- Sí, ¿por qué?

ANTONIO.- Entonces decime: ¿Sabés cuántos murieron en la última guerra?

GARUFA.- Sí, un montón

ANTONIO (*sin mirar al italiano*).- ¿Cuántos fueron Badoglio?

BADOGLIO.- Dicen que más de veinte millones

ANTONIO (*pensando la cantidad*).- Veinte millones. (*Mira a Garufa*) Podés llenar la cancha de River unas cuanta veces contada esa gente, ¿no?

GARUFA.- Y, claro

ANTONIO.- Entonces, decime: ¿vos creés que cualquiera que tenga un dedo de frente puede estar pensando en hacer otra, ahora? (*Pausa. Garufa piensa*)

GARUFA (*convenciéndose*).- No, claro que no. Tenés razón

ANTONIO (*le palmea la espalda*).- Sin embargo... estás equivocado, Garufa. Lo están pensando (*Ríe. Todos en seguida le hacen coro. En ese momento entra el patrón, acompañado por Mateo. Éste viene vestido con traje y trae en la mano una pequeña valija*)

PATRÓN.- Aquí tiene el ayudante (*Al muchacho*) Antonio es el maestro<sup>31</sup> de pala. Él te va a decir lo que tenés que hacer

MATEO (*tímidamente*).- Bueno

ANTONIO (*lo estudia mirándolo de arriba abajo*).- Primero tenés que cambiarte. Trajiste ropa, ¿no?

MATEO (*mostrando la valija*).- Sí, aquí está

ANTONIO.- Andá, acompañálo, José. (*José le indica el camino. Mateo lo sigue. Cuando están por salir*) Oíme, ¿Cómo te llamas?

MATEO (*girando*).- Mateo

ANTONIO (*mira a los otros y frunce la nariz, manifestando su desagrado. Luego*):- No importa; después hablamos. (*Salen. Ahora al Patrón*) ¿Y éste sabe algo?

PATRÓN.- El padre era un viejo amigo de mi padre. Acaba de morir. Él lo ayudaba en la panadería

---

<sup>31</sup> *Maestro de pala*: el que elabora el pan en el horno de las panaderías

ANTONIO (*no le gusta nada*).- Lo ayudaba

PATRÓN (*retirándose*).- Habrá que tener un poco de contemplación, al principio. Nunca trabajó fuera de su casa; el viejo era algo raro. Pero parece un buen pive; usted dice si sirve, después. (*Se va por donde vino*)

ANTONIO (*después de un silencio y de demostrar su disconformidad pegando un puntapié a una canasta*).- Je. “Usted dice si sirve.” Te pone a un muchacho aquí, en la mano... y vos tenés que decir sí o no. Como si uno fuera Dios

BADOGGIO.- Y bueno, Toño. Es el trabajo; la responsabilidad

ANTONIO.- A mí dejáme de responsabilidad, hermano. Para eso soy soltero, vivo en una pensión y no tengo nada más que una valija. Cuando me aburro me mando a mudar. Nada de responsabilidad.

BADOGGIO.- Bueno, pero en este caso...

ANTONIO.- En este caso yo necesito un ayudante que sirva; y él me lo tiene que traer. “Lo ayudaba al padre”. ¿Por qué miércoles tengo que ser yo, después el que diga que no sirve?

BADOGGIO.- ¿Cómo sabés ya que no sirve?

ANTONIO.- Se le ve en la cara

BADOGGIO (*serenísimo*).- Te apuesto a que sirve

ANTONIO (*lo mira*).- ¿Cuánto?

BADOGGIO.- lo que quieras

ANTONIO (*introduce la mano en el bolsillo y saca dos billetes de diez pesos*).- Tomá. Veinte pesos. (*Los tira sobre la mesa*)

BADOGGIO.- Yo los tenga allá, con la ropa. Pero no importa; está apostado

ANTONIO.- Listo (*Los recoge. Entra el Repartidor; lleva saco blanco*)

REPARTIDOR.- Salú... (*Toma de por ahí una canasta vacía*)

GARUFA.- ¿Qué decís, vendedor oficial? ¿Ya salís a ver la clientela?

REPARTIDOR (*con suficiencia*).- Calláte, ¡que tengo un asuntito hoy!

GARUFA (*le interesa*).- ¿Cuál? ¿La morocha de mitad de cuadra?

REPARTIDOR.- No. La del 84. los patrones están afuera

GARUFA.- ¿Ah, sí? Contá, contá. ¿Se te hizo, ya?

REPARTIDOR.- No, todavía no. Pero hoy... ponéle la firma

GARUFA.- ¿Vas a contar después, no?

REPARTIDOR.- Sí, pero vas a tener que esperar el segundo reparto. Tengo que pescarla cuando vuelve de la feria, ¿sabés? (*Va hacia la puerta que da al negocio*)

GARUFA.- Bueno, chau. A ver si te portás, eh

REPARTIDOR.- Perdé cuidado, viejito. Es una fija<sup>32</sup>

GARUFA (*se quedó mirando la puerta por donde desapareció el Repartidor*).- ¡Qué vida se pasa éste, eh! (*Por la puerta izquierda de foro, como viniendo desde la calle, apareción una Mujer. Trae una asadera cubierta con un repasador*)

MUJER.- ¿Se puedeeee?

ANTONIO.- Adelante nomás, señora

MUJER (*entrando*).- Aquí traigo un pollito para poner al horno ¿No me podría hacer el favor?

ANTONIO.- cómo no, señora ¿Pero tan temprano?

MUJER.- Sí, es para servirlo frío. Como le gusta a mi viejo, ¿sabe?

ANTONIO.- Ah, beno. ¡Si a su viejo le gusta así! (*Toma la bandeja y en adelante obra de acuerdo hasta que la introduce en el horno. Mientras tanto la Mujer habla. También, en seguida, entrará José, llegando desde el fondo por puerta derecha*)

MUJER.- Sí, pobre. Es uno de los pocos lujos que nos podemos dar. Claro que nada más que una vez por mes... porque con el precio que ahora tienen los pollos... ¿Se da cuenta, no?

ANTONIO.- Sí (*señala la bandeja*) Los únicos que no se dan cuenta son ello

MUJER (*festeja la salida con una risa forzada*).- Aunque la verdad... No hay por qué quejarse. Mire a esa pobre gente lo que le está pasando. Mientras no le toque a uno...

ANTONIO (*despreocupado*).- ¿Qué pobre gente?

MUJER (*sorprendida*).- ¡Esa, la de los ataques!

ANTONIO (*ahora la mira extrañado*).- ¿Qué ataques?

MUJER (*lo mira fijo, casi asombrada*).- ¿Cómo? ¿No se enteró?

ANTONIO (*no entiende*).- No me enteré de qué

---

<sup>32</sup> *Fija*: en el lenguaje hípico, triunfo seguro. En el texto significa que ha de cumplirse lo dicho con seguridad

MUJER (*más asombro*).- ¡Ah! (*mira a todos*) ¿Pero ustedes no saben?

GARUFA (*cansado por el supuesto*).- Je. Parece que no

MUJER.- ¡Pero si vino la ambulancia y todo!

TODOS (*se cambian miradas de cansancio*).

MUJER (*se decide*).- ¿Ustedes conocen a don José, el que tenía la ferretería y después la vendió, que ahora vive en la otra cuadra?

ANTONIO (*más cansancio*).- No, señora. No somos del barrio

MUJER.- ¿Y a la madre de Pipo, el que trabaja en Obras Sanitarias, tampoco la conocen?

ANTONIO.- No conocemos a nadie, señora

MUJER.- ¿Y a don Genaro, tampoco?

ANTONIO.- Tampoco

MUJER.- Entonces, después pregúntenle al patrón; él los conoce; casi seguro que son clientes de acá. Bueno; tienen que ser. ¿Ustedes saben que les agarró un ataque a todos, y no se sabe por qué?

BADOGLIO (*atento*).- ¿Un ataque? ¿Qué ataque?

MUJER.- No se sabe. Pero es a la cabeza. (*Todos se miran, sin entender*) Sí. A la cabeza

ANTONIO.- ¿Cómo a la cabeza?

MUJER.- Sí; se ponen como locos, con perdón de la palabra

BADOGLIO (*atento*).- ¿Pero estaban todos juntos, haciendo algo o...

MUJER (*rápida*).- No; cada uno estaba en su casa. A don Genaro y a la madre de Pipo les agarró anoche; y a don José esta mañana temprano. Con tal de que no le agarre a nadie más...

BADOGLIO (*interesado*).- ¿Pero el médico vino?

MUJER.- Claro. ¿No le dije que vino la ambulancia? Se los llevaron a todos

BADOGLIO.- ¿Y no dijeron nada?

MUJER.- Parece que no

BADOGLIO.- Qué cosa rara

MUJER.- ¿Ha visto? Es lo que yo digo. Y hay que tener cuidado, porque a lo mejor es un microbio de esos, o algo así

ANTONIO *(que no creyó una palabra del cuento)*.- Sí, señora. Va a ser mejor que se cuide y vaya rápido para su casa

MUJER.- Si, sí. Tiene razón ¿Y el pollito, para cuándo va a estar?

ANTONIO.- Una hora, más o menos

MUJER.- Bueno, hasta luego *(Señala la puerta que comunica con el negocio)* ¿Puedo pasar por aquí? Le voy a contar al patrón

ANTONIO.- Pase, pase nomás *(La Mujer sale)*

GARUFA.- Está de lo más contenta porque tiene algo para contar

BADOGGIO *(que se quedó pensando)*.- Bueno... pero eso de la cabeza...

GARUFA.- No te preocupés, que mañana están todos bien. *(Pausa. Badoglio se acerca descuidadamente a la bolsa de harina de centeno, cuyo estado montó anteriormente con el Patrón, y toma un puñado pensativamente)*

ANTONIO *(a José)*.- ¿Y el pibe?

JOSÉ.- Ahí está cambiándose. ¿Qué te pareció?

ANTONIO *(se encoge de hombros)*.- “¡Lo ayudaba al padre!”

JOSÉ.- A mí me gusta, qué querés que te diga. ¡Es de callado!

ANTONIO *(lo observa)*.- ¿Ah, sí?

JOSÉ.- Sí. ¡No se le saca una palabra ni con tirabuzón!

ANTONIO.- Mejor. Menor ruido. Ya hay bastante por acá

JOSÉ.- Además, tenés que ver, traía todo arregladito en la valija. Todo planchadito. Pareció... *(Calla porque el muchacho aparece en la puerta. Está vestido con el uniforme de los obreros panaderos guardando la más estricta obediencia a todas las reglas de sanidad. Es un verdadero contraste con los otros. La primera reacción de todos es la sorpresa, pero inmediatamente, apenas el chico avanza, todos se miran ocultando una sonrisa de sarcasmo. Antonio espera hasta que el chico se acerca mirándolo fijamente. Luego se rasca la cabeza)*

ANTONIO.- Decíme: ¿Vas a alguna fiesta, vos?

MATEO *(no entiende)*.- ¿Por qué?

ANTONIO.- No tenías necesidad de vestirte así. Aquí te vas a ensuciar.

MATEO (*algo amoscado*).- Bueno; pero la ordenanza...

ANTONIO (*cortándolo*).- Sí, tenés razón. Alguno la tiene que cumplir. Bueno, andá. Sentáte ahí y contá algo (*Mateo lo mira extrañado; luego mira a los demás; no comprende. Al fin obedece y se sienta, confundido*) Dale, contá. Total todavía falta para poner el veneno en el horno; la masa tiene que descansar.

MATEO (*al fin*).- ¿Pero qué quiere que le cuente?

ANTONIO.- A mí solo no. A todos. Aquí nos gusta conocernos. De dónde venís por ejemplo

MATEO.- De Orense

ANTONIO.- ¿Y eso dónde queda? ¿Lejos?

MATEO (*comienza a hablar suavemente, sin dar posibilidad a imaginar que hablará luego y sin pausa. Usa un solo tono de voz, pero lleno de matices*).- No. Unos 550 kilómetros, más o menos. 50 kilómetros más allá de Tres Arroyos<sup>33</sup>. El tren le pone más de once horas, pero eso porque son trenes malos, y hay que hacer trasbordo. Porque allá llegan pocos trenes; uno cada dos días y gracias. Imagínense, apenas si hay mil habitantes... ¡cómo van a ir muchos trenes! Pero eso no quiere decir nada. La gente igual va en micro y en auto a Tres Arroyos, cuando necesita. Y Tres Arroyos es una ciudad grande, no sé si usted la conoce... (*Antonio va a hablar pero no hay pausa suficiente. Mateo sigue*) Pero lo que tiene Orense de bueno es la playa. Está a quince minutos del pueblo. Y dicen que es la mejor playa de toda la costa. Yo no sé, porque muchas no conocí, pero usted se para y mira, y no ve dónde termina. ¡Y después hay unos médanos! Una vez, unas familias que fueron a pasar el sábado y el domingo, dejaron dos autos toda la noche ahí, al aire libre, y se fueron a dormir a unas casillas. Bueno. A la mañana siguiente no encontraron los autos: la arena los había cubierto: ¡y se había formado un médano como de diez metro! El viento. ¡Fue bárbaro! (*Concluye con la misma sencillez como empezó, suavemente, y queda quieto, sin darse cuenta de que los otros habían comenzado a reaccionar a la mitad del cuento; José, sorprendido de su locuacidad; Antonio, mirando a José con una expresión de amenaza; Garufa, muertod e risa en silencio; Badoglio, con una sonrisa paternal*)

ANTONIO (*después de una pausa. A José*).- ¿Con tirabuzón, no?

JOSÉ (*disculpándose tibiamente*).- Y, Toño... ¡Me pareció!

ANTONIO (*a Mateo*).- Y en cuanto a vos. Ya sabemos de dónde venís; es como si hubiéramos vivido allá. Pero ahora contestá si o no, nada más. ¿Sabés pelear?

MATEO.- Sí. Cuando papá iba a Tres Arroyos, yo...

ANTONIO.- Contestá si o no, nada más.

MATEO.-Y, sí.

ANTONIO.- ¿Tu padre hacía todo en la panadería?

---

<sup>33</sup> Tres Arroyos: ciudad de la provincia de Buenos Aires



MATEO.- Sí

ANTONIO.- Y vos lo ayudabas

MATEO.- Sí

ANTONIO (*lo mira dudando*).- Bueno; ahora espero que me ayudés a mí

MATEO (*va a hablar pero se contiene*).- Sí

ANTONIO (*señala a sus compañeros*).- Ése es Badoglio, el maestro amasador. Éste es Garufa. Y éste es José; él te va a decir dónde está todo. (*Señala alrededor y se sienta en un rincón*)

MATEO (*mira extrañado a José*).- ¿Cómo? ¿Usted no me dijo que se llamaba Abraham?

JOSÉ.- Sí. Pero aquí me llaman José

MATEO.- ¿Por qué? ¡Si Abraham es un lindo nombre!

JOSÉ.- Es un chiste. Vení, que te voy a mostrar.

MATEO (*lo sigue*).- Usted es judío, ¿no?

JOSÉ (*con cierto recelo*).- Sí. ¿Por qué? (*Apenas Mateo comienza a hablar, Juana aparece por puerta derecha de foro, llevando en la mano una panera familiar. Se detiene para escuchar al muchacho*)

MATEO.- Y... Como se llama Abraham. Abraham fue algo así como el padre de los judíos. La Biblia dice que una vez se le apareció Dios y le pidió que matara a su hijo, a Isaac. Para probar su fe, ¿sabe? Pero en cuanto Abraham iba a matarlo apareció un ángel y le detuvo la mano

JOSÉ (*extrañado*).- ¿Y vos leíste la Biblia?

MATEO.- Un poco la leí yo y otro poco me la leyó mi padre. A él le gustaba mucho. Siempre de noche me leía y me contaba cosas. ¿Usted no al leyó?

JOSÉ.- No, qué voy a leer. Yo no creo en nada, viejito.

MATEO.- No importa; eso no tiene nada que ver

JOSÉ.- ¿Qué? ¿Vos tampoco creés?

MATEO (*pensando*).- A veces sí y a veces no; todavía no sé. Pero no importa

JOSÉ.- ¿Cómo no importa?

MATEO.- Claro. Uno igual aprende, aunque no crea. Y quién sabe algún día se decide. Lo que importa es saber lo que dijeron todos esos grandes hombres

JOSÉ.- ¿Quién? ¿Abraham?

MATEO.- Bueno, él sólo no. Jesucristo, también. Todos. Hasta Mahoma<sup>34</sup>.

JOSÉ.- Qué. ¿Vos leíste a Mahoma?

MATEO.- Yo todavía no. Pero mi padre sí; y él me contaba. Hay que conocer todo eso. Mi padre decía que es la única manera de llegar a saber el verdadero significado de todo. Decía que la gente le puso un nombre a cada cosa, pero que en el fondo no sabe bien qué es. Por ejemplo el pan. El pan no es solamente para comer. El pan tien otro significado, y nosotros...

ANTONIO (*interrumpe; está cansado, molesto*).- ¡Te dije que le mostraras dónde está todo, José!

JOSÉ (*tiempo; desconcertado*).- Y es lo que estoy haciendo. Pero me empezó a hablar de mi nombre, y el del padre, y...

ANTONIO (*más molesto*).- ¡Me importa un corno tu nombre y su... (*Se detiene. Todos lo miran. Comprende que exageró. Mateo agacha la cabeza. Badoglio mira fijamente a Antonio; éste entiende. Atrás, Juana sonríe. Antonio trata de suavizar su reacción*) Además... después de todo, si alguna vez estuvo en una cuadra de panadería tiene que saber dónde está todo y para qué sirve (*Mira de soslayo a Mateo*) ¿No es así? (*No contesta*) Te pregunto si no es así.

MATEO (*sin levantar la cabeza*).- Sí

ANTONIO (*con tono de rezongo, más suave*).- Bueno; entonces sentáte por ahí. Ya te voy a avisar cuando te necesite. (*Silencio. Badoglio se acerca a Antonio y le ofrece el mate. Antonio lo recibe, sorbe de la bombilla*)

BADOGLIO (*en voz baja*).- ¿Qué te pasa con el chico?

ANTONIO (*disimula*).- Nada, qué me va a pasar. (*Sorbe de la bombilla; luego mira a Badoglio dos segundo y confiesa:*) No sé; me pone nervioso

BADOGLIO.- ¿Y por qué? Parece un buen pibe

ANTONIO.- Mucho blablablá

BADOGLIO.- ¿Eh, todos hablamos aquí!

ANTONIO (*le devuelve el mate y lo mira*).- Sí. Vos también

BADOGLIO (*recibiendo el mate*).- ¡Eh, bueno! ¡Si ahora te la tomás conmigo es porque...

---

<sup>34</sup> *Mahoma*: fundador del islamismo o mahometismo (570-632)

MATEO (*interrumpiendo, desde allá*).- ¿Usted vio esto?

BADOGLIO (*girando hacia él*).- ¿Cómo?

MATEO.- Si usted vio esto. (*Muestra el puñado de harina que tiene en su mano y que acaba de extraer de la bolsa de harina de centeno. Anteriormente, se había detenido junto a la bolsa y al observar su contenido había recogido un puñado y lo había examinado con alarma. Al hacer la pregunta giró hacia Badoglio y éste, interrumpido en su discusión con Antonio, no sabe cómo reaccionar. Mira a Antonio y del cambio de miradas surge una sonrisa divertida de Antonio. Badoglio opta por fingir indiferencia y:*)

BADOGLIO.- ¿Qué tiene?

MATEO.- Está fea

BADOGLIO (*mira otra vez a Antonio y encuentra en él la misma sonrisa. Inicia su marcha hacia su mesa mientras*).- Sí, muy linda no está. (*A Garufa*) Che, Garufa. ¿Vos querés más mate todavía? El agua ya está fría. (*Mateo no sabe qué decir*)

GARUFA (*señala a José*).- Decíle a éste que la vaya a calentar

JOSÉ.- No, yo no quiero más, che

BADOGLIO.- Bueno, entonces se acabó. (*Deja el mate junto a la pava*)

MATEO (*vuelve a insistir*).- ¿Pero, usted la vio bien?

BADOGLIO.- Sí, ya sabemos; está un poco seca. El pan salió rico; ahí tenés, mirá

MATEO.- ¿Entonces ustedes sabían que estaba mal?

BADOGLIO.- ¡Mal! ¡Mal del todo no está! ¡Pasa!

MATEO.- Pero igual no conviene, estando mal así...

BADOGLIO (*interrumpe*).- ¡Bah! ¡Hay tantas cosas que están mal! ¡Te vas a fijar en esto! ¡Y mejor que te callés, porque ahora me vas a hacer engranar a mí! (*Antonio observa todo esto en silencio; ahora casi se divierte. Juana se ha acercado a la bolsa y curiosa toma también un puñado de harina*)

MATEO (*continuando*).- Está bien. Yo quería avisar, nada más, porque el centeno es peligroso, no sé si ustedes sabrán. (*Todos – menos Juana – lo miran con cierta condescendencia*)

BADOGLIO (*enojado*).- ¿Quién te lo dijo? ¿Mahoma?

MATEO (*confundido*).- No, pero yo...

BADOGLIO (*definitivo*).- ¡Entonces es mejor que te callés! ¡Si no lo dijo mahoma no sirve!

ANTONIO (*lento, con penetrante ironía*).- ¿Qué te pasa con el chico, Badoglio?

BADOGLIO (*no se da cuenta*).- ¿Por qué?

ANTONIO (*igual*).- Parece que te pone nervioso

BADOGLIO (*comprende*).- ¡Acabala, Toño, vos también!

GARUFA (*divertido*).- Je. Che, pibe. Trajiste la sicosis a esta panadería, vos. Dale, seguí hablando que está fenómeno

JOSÉ (*a Mateo*).- Vos no le hagás caso; que si éste no arma lío no está contento

GARUFA.- ¡Vamos, che! ¿Ahora lo defenés porque te dijo todo eso del nombre?

JOSÉ.- ¡Todo eso ya lo sabía, pajarón!

GARUFA.- ¿Y por qué no lo contaste vos, antes, entonces?

JOSÉ.- ¿Ah, sí? ¿Para qué? ¿Para que me carguen?<sup>35</sup>

JUANA (*se había acercado a la bolsa de harina, y después de tomar un puñado la hace correr entre los dedos*).- ¿Por qué es peligroso? (*Todos dirigen la mirada hacia ella. Tiempo. Y como Mateo no contesta:*) Usted dijo, recién, que era peligroso. ¿Por qué?

MATEO (*se atreve porque es ella quien pregunta*).- Porque cría unos hongos que no sé cómo se llaman, que son venenosos.

GARUFA.- ¿Quién te enseñó eso? ¿Tu viejo, también?

MATEO (*ingenuo*).- Sí

GARUFA.- Tenía experiencia, entonces. Habrá envenenado a muchos

JOSÉ.- Calláte, querés.

MATEO.- No. A nosotros nunca nos pasó nada. Pero mi padre me contó un caso, que pasó en Francia, que...

BADOGLIO (*quiere impedir que siga contando, nervioso*).- Mirá, pibe. ¿Sabés lo que estaba pensando? (*toma la pava*) Que me quedé con ganas de tomar más mate. ¿Vos también, no es cierto? Bueno, andá al fondo a calentar más agua, eh. José te va a enseñar dónde está la cocina. Andá, José, acompañalo. (*Ya le puso la pava en la mano*)

JUANA (*suave*).- ¿Por qué no deja primero que cuente? Es interesante. A Antonio, sobre todo, le tiene que interesar

---

<sup>35</sup> ¿Para que me carguen? ¿Para que se burlen de mí?

ANTONIO (*mirando de soslayo*).- ¿Por qué a mí?

JUANA (*le muestra uno de los panes que lleva en la panera*).- ¿Acaso no lo llama siempre veneno?

ANTONIO (*no sabe qué contestar*).- Es una manera de decir.

JUANA.- Ya los é. pero sería interesante saber hasta dónde tiene razón

ANTONIO (*la mira. Pausa*).- Que cuente, si quiere (*Se levanta para irse. Una pausa vacilante de Mateo; mira a Badoglio*)

MATEO (*a Badoglio*).- ¿Cuento entonces?

BADOGGIO (*resignado, nerviosamente*).- Hacé lo que quieras (*Va a un rincón*)

MATEO (*a Juana*).- Bueno. Fue un caso que pasó en Francia. Se le llamó “El pan de la locura” (*Antonio, que estaba ya a punto de trasponer la puerta, se detiene sin girar y ahí se queda. Mateo sigue*) El nombre del pueblo no me acuerdo; es francés. Pero sé que se volvieron locos unos cuantos. Y algunos murieron. (*Todos se van poniendo serios y rígidos lentamente, a medida que el chico habla. Sólo Juana permanece con la misma expresión, en cierto modo divertida. El rostro de Badoglio, que sigue quieto en su rincón, no alcanza a verse. Mateo, sin pausa, sigue hablando mientras Antonio ya ha girado y lo mira con atención*) Fue terrible, ¿sabe? Me acuerdo que hubo uno que se tiró desde un balcón a la calle; por el dolor. Y la culpa la tenía el centeno, el hongo, mejor dicho. (*Recién ahora mira a todos. Una pausa pesada*)

ANTONIO.- ¿Qué hongo?

JUANA (*rápida*).- ¡Ah, parece que se interesó!

MATEO.- El del centeno. Ya venía en la harina y el panadero no se dio cuenta. Y los que comieron de ese pan... (*Mateo no sigue, sugiriendo la continuación de la frase con un corto movimiento de manos, cohibido por el repentino interés de Antonio. Éste lo nota y trata de disimular. José y Garufa se miran, casi asustados*)

ANTONIO (*rondando*).- Se... se volvieron locos

MATEO (*siempre cohibido con Antonio*).- Sí.

ANTONIO.- ¿Hace mucho que pasó eso?

MATEO (*igual*).- Y... Hará unos cinco años, más o menos. Salió en los diarios. Y en las revistas, también. Mi padre guardaba todos los recortes

JOSÉ (*ácido*).- ¿Los tenés?

MATEO.- Acá no. Tuve que dejar muchas cosas allá; no las podía traer todas. Por un tiempo me las van a guardar. Arriba de casa había un cuartito que servía para...

ANTONIO (*interrumpe lo que promete ser una larga explicación*).- ¿Vos los viste?

MATEO (*no entiende*).- ¿Qué?

ANTONIO.- Los recortes

MATEO.- Sí, papá me los mostró. Había fotografías y todo

ANTONIO (*dudando*).- ¿Estás seguro?

MATEO.- ¡Claro!

ANTONIO.- Porque me parece que vos tenés demasiada imaginación

MATEO (*suavemente indignado*).- Si quiere escribo pidiendo que me los manden para que vea que es cierto

JUANA (*sin pausa*).- ¿Por qué le dice eso al muchacho? ¿Tanto le molestaría que fuese verdad?

ANTONIO.- Me importa un pito que sea o no sea verdad

JUANA (*sonríe irónicamente*).- No parece

ANTONIO *al muchacho, nerviosamente*).- Andá, andá a buscar agua, nomás. Quieren tomar mate. (*El chico se mueve hacia la puerta; José lo va a acompañar, pero Juana se adelanta*)

JUANA (*a José*).- Deje; yo lo acompaño. (*Llega hasta la puerta ya ntes de salir gira y mirando a Antonio:*) El pan de la locura. (*Ríe*) Debería reírse. Usted dijo que cuando había algo gracioso uno se podía reír. (*Traspone la puerta riendo, seguida por Mateo. Los cuatro quedan inmóviles, sin mirarse. Una pausa larga y pesada. Al fin:*)

JOSÉ (*lentamente, con miedo*).- Ustedes... pensaron lo que yo pensé ¿no? (*Pausa*)

GARUFA (*viendo que los demás no contestan*).- Parece que sí (*Pausa. José se sienta, desolado*)

JOSÉ (*lento*).- ¿Qué pasaría si fuese cierto, Toño? (*Antonio no contesta. Tiempo*)

GARUFA (*resuelve contestar él. Sin pretendes ser gracioso; sólo previendo algo desagradable*).- Por lo menos íbamos a salir en los diarios, perdé cuidado

JOSÉ (*levanta la cabeza lentamente y lo mira sin comprender*).- ¿Qué querés decier con eso?

GARUFA (*lo mira intencionadamente*).- ¿Acaso nosotros no sabíamos que esa harina no estaba como debía estar?

BADOGLIO (*que hasta ahora estuvo reconcentrado, reacciona rápidamente*).- ¡No estaba como debía estar! ¡No digas disparates! ¡Sería mejor que te callaras la boca!

GARUFA (*rápido*).- ¡Cómo! ¿Y ahora vas a discutir que nosotros...?

ANTONIO (*interrumpe, firme*).- Badoglio tiene razón (*Pausa. Mira a todos*) Sería mejor que se callaran la boca. No están diciendo más que disparates

JOSÉ (*más tímidamente*).- Pero Toño: ¿Y si después resulta que...?

ANTONIO (*interrumpe, más fuerte*).- A nosotros nos pagan por hacer nuestro trabajo, ¿no?

JOSÉ.- Sí

ANTONIO.- Lo hacemos, ¿no?

JOSÉ.- Sí, pero...

ANTONIO.- ¿Te pagan por algo más a vos?

JOSÉ.- No

ANTONIO.- Entonces ya deberías saber que cada uno hace lo que tiene que hacer. Lo que no se paga no hay por qué hacerlo. **Nadie** hace más de lo que tiene que hacer. (*Todos quedan en silencio; José aparta la mirada de Antonio, aceptando el fin de la discusión. Una pausa larga, pesada. Al fin, Antonio necesita un desahogo; y, pretendiendo reírse:*) Je. ¡El pan de la locura! ¡Linda novela!

BADOGLIO (*después de una pequeña pausa. También necesita un desahogo*).- Además... ya lo dijo el molino. Esto es porque está un poco seca, nomás. Así que no veo por qué hay que pensar cosas raras.

ANTONIO (*descubriendo algo*).- ¡Oigan un poco! (*Los mira*) ¿No les parece demasiada casualidad?

BADOGLIO (*no entiende*).- ¿Qué cosa?

ANTONIO.- Justo hoy, que pasa eso... viene éste (*señala hacia la puerta*) y se manda el cuento. (*Todos cambian miradas*)

BADOGLIO.- ¿Qué querés decir?

ANTONIO.- Hay muchos que necesitan inventar cosas así; si no no pueden vivir. Y no sería raro que éste fuera uno de esos

BADOGLIO (*lento*).- Vos querés decir que el chico sabía lo de...

GARUFA (*interrumpiendo; encuentra la tabla de salvación*).- Claro que sí; ¡ahora me doy cuenta! Lo sabía antes de entrar. ¡Y después vino aquí, vio cómo estaba el centeno y aprovechó!

JOSÉ (*duda*).- ¿A vos te parece? Yo no lo creo capaz

GARUFA.- ¿Y si no cómo te lo explicás? ¡Sería demasiada casualidad!

ANTONIO (*enfrentando la puerta que da al fondo*).- Así que lo sabía. (*Lentísimo. Quisiera convencerse*) Qué me dicen. Con esa cara de mosquita muerta....

EMPLEADA (*asoma el busto por la puerta que da al negocio*).- Cuidado, eh ¡Que acaba de llegar el inspector! (*La Empleada desaparece. Todos camiban miradas. Badoglio, suave pero rápidamente, cubre con una bolsa vacía la bolsa de harina de centeno. Todos, tácitamente, están de acuerdo, demostrando con ello su complicidad. José señala a Garufa sus alpargatas negras; éste se sienta algo oculto y se las cubre con una bolsa. Todos quedan al fin quietos, en sus lugares, esperando. Entra el Inspector, acompañado por el Patrón*)

INSPECTOR (*entrando*).- ¡No me diga!

PATRÓN.- Sí. Si todo el barrio no habla de otra cosa

INSPECTOR.- Qué me cuenta. Pobre gente, ¿no? (*Ve a los otros*) Buenas

TODOS (*en murmullo desigual*).- Buenas

PATRÓN (*sin pausa*).- Eso es lo que digo yo, pobre gente. Usted sabe que todos son clientes de acá ¿no? (*Badoglio, José y Garufa se miran*)

INSPECTOR.- ¿Ah, sí?

PATRÓN.- Sí. Fíjese lo que le pasó al ferretero. El hombre estuvo peleando la jubilación como tres años, y ahora que la había conseguido... ¡zas! ¡Qué me dice! ¿Para qué le sirvió tanta lucha y tanto sacrificio?

INSPECTOR.- Pero... ¿tan grave es la cosa?

PATRÓN.- Y, parece que sí. Y lo peor es que todavía no se sabe de dónde viene

INSPECTOR.- ¿Ah, no?

PATRÓN.- No, qué se va a saber. Dicen que un médico dijo que era una gripe. Pero algo tienen que decir

INSPECTOR.- Y, claro. Es su oficio

PATRÓN.- La cuestión es que uno trabaja, trabaja, se sacrifica.. y después... ahí tiene el resultado



INSPECTOR.- Sí, es cierto... Por eso... hay que tratar de vivir lo mejor posible, compañero. Véame a mí. Usted sabe que me habían cambiado de zona; y que ésta me quedaba muy trasmano. Bueno. Hasta que conseguí el pase otra vez, no paré

PATRÓN.- ¡Ah! ¿Quiere decir que no viene más por acá?

INSPECTOR.- Así es, amigo. Ahora tengo la zona de mi barrio.

PATRÓN.- ¡Ah, lo felicito!

INSPECTOR.- Y... Yo me llevo bien con el jefe, ¿sabe? *(Lo mira socarronamente)*  
Como dice el Martín Fierro. "hacéte amigo del juez..." *(Ríe campechanamente)*

PATRÓN *(le acompaña)*.- Ahí sí que tiene razón

INSPECTOR *(con reconocimiento)*.- Eso es lo que tienen ls buenos libros; que uno aprende

PATRÓN.- Sí, claro. *(Disculpándose)* Yo antes leía bastane; con mi mujer, usted sabe, a ella le gusta mucho. Pero ahora con la falta de tiempo...

INSPECTOR.- No vaya a creer. Un ratito todas las noches, hasta que llega el sueño, es suficiente. Además tiene esas síntesis. Usted lee a los mejores autores y se entera de todo sin tener que leerse todo el libro. Están muy bien hechas; le quitan la... la hojarasca, ¿sabe?

PATRÓN *(se hace amigo del juez)*.- Sí. También tiene razón *(El inspector ya no lo escucha. Camina dos pasos por ahí mirando alrededor y saca una libreta y un lápiz)*

INSPECTOR.- Bueno. Me imagino que todo está bien, ¿no?

PATRÓN.- Todo en orden, como siempre, inspector

INSPECTOR.- Bien. Vamos a tomar nota. *(Escribe en su libreta)*

PATRÓN.- Mientras, si me permite *(señala hacia adentro)* Le voy a hacer un paquetito, para los chicos; como siempre, ¿no?

INSPECTOR *(tranquilo)*.- Sí, no se moleste, como siempre. *(Patrón sale por la puerta que da al negocio. Inspector termina su anotación. Descubre que todos lo miran de soslayo, en silencio)* ¿Qué pasa? ¿Descansando?

ANTONIO.- Esperando *(Señala la masa)* Este trabajo es así. Trabajar, esperar, trabajar, esperar

INSPECTOR *(“filosóficamente”)*.- Pensar que cuesta tanto hacerlo y después se come en un dos por tres. La gente no se da cuenta de eso. Claro: comerlo no cuesta nada

ANTONIO *(toma el pan; con un trasfondo irónico)*.- Pero cuesta ganarlo

INSPECTOR *(no entiende)*.- ¡Eh, dígamelo a mí! *(Vuelve el Patrón)* Sí yo no tuviera otro empleo a la tarde... con lo que nos pagan a nosotros...

PATRÓN.- ¡Ah! ¿Usted tiene otro trabajo? *(Entran Mateo, con la pava de agua caliente, y Juana; ella sigue de largo hacia la puerta que da al negocio, mientras Mateo lleva la pava hasta la mesa junto a Badoglio, sin dejar de mirar al Inspector)*

INSPECTOR.- ¡Y cómo! ¿No sabía nada? Sí, yo a la tarde salgo a vender

JUANA *(al pasar a su lado)*.- Buenas. *(Sale enseguida)*

INSPECTOR *(la ve)*.- Buenas. *(Otra vez al Patrón)* Y... si no no podría vivir; tengo tres bocas que alimentar

PATRÓN *(se interesa)*.- ¿Y qué vende, si no es mucho preguntar?

INSPECTOR.- Plásticos. Es un buen artículo. No deja mucho, pero... se vende bastante

PATRÓN.- ¡Caray si se vende! ¡Ahora hacen todo de plástico!

INSPECTOR.- Así es. Uno de estos días, si se descuida, el pan, también...

PATRÓN *(riendo)*.- ¡Ah, eso sí que no! ¿Ve? Felizmente el pan siempre será pan, por más que inventen

INSPECTOR *(riendo también)*.- Sí, sí. ¡Descúidese y va a ver! *(Entre risas gira para saludar a los que quedan)* Buenas

TODOS *(en un murmullo desigual)*.- Buenas. *(El Inspector gira nuevamente y salen los dos. Pausa. Todos vuelven a replegarse en sí mismos. Antonio juega aún con el pan que tiene en la mano. Mateo necesita hablar; al fin:)*

MATEO *(a Badoglio)*.- ¿Era el inspector?

BADOGGIO.- Sí

MATEO *(señala la bolsa)*.- ¿No dijo nada?

ANTONIO *(como si despertar, dejando caer con desprecio el pan dentro de la canasta)*.- Sí. Dijo que dentro de poco van a venir de material plástico

MATEO *(con timidez)*.- Pero del centeno. ¿No dijo nada? Porque si es inspector, él...

BADOGGIO.- ¡Tomá! *(Le da un mate para que se calle la boca. El chico lo recibe, pero antes de decidirse a sorber de la bombilla y al notar que todos lo miran profundamente:)*

MATEO.- Yo estuve pensando

ANTONIO *(después de cambiar miradas con los otros)*.- Qué

MATEO.- Que quién sabe ustedes se asustaron con lo que les conté

ANTONIO (*mirándolo fijo*).- ¿Ah, sí? ¿Y por qué se te ocurrió pensar eso?

MATEO.- Y... porque vi la cara que pusieron

ANTONIO.- ¿Nada más que por eso?

MATEO.- Claro. Y no es para ponerse así. Quién sabe este centeno está bien. A lo mejor, lo que pasó aquella vez...

ANTONIO (*interrumpe*).- Esperá un poco (*Se acerca lentamente y lo enfrenta*) ¿Estás queriendo decir que todo fue pura invención tuya?

MATEO (*lo mira asombrado*).- No, eso no. Todo lo que yo les conté es verdad, se lo puedo demostrar, si quiere

ANTONIO (*lo taladra con la mirada*).- ¿Entonces... no sabías nada, vos?

MATEO (*no entiende*).- ¿Sabía de qué? (*aparece Juana rápidamente desde el negocio. Clava la mirada en Antonio, quien le contesta. Ella también se ah enterado de lo que ocurre afuera*)

GARUFA (*in ninguna pausa, casi amenazante*).- De eso que oíste antes de entrar acá. De lo que pasa en el barrio

MATEO.- ¿Pero qué... qué pasa en el barrio?

GARUFA.- ¡No te hagás el zonzo, que vos lo sabés!

MATEO.- Le juro que no. Yo...

JUANA (*sin despegar la mirada de Antonio*).- Los únicos que sabían lo que pasaba en el barrio eran ustedes. Y bien que se lo callaron

ANTONIO (*igual, sordo*).- No había por qué hablar, patrona

JUANA (*rápido*).- ¿A pesar de lo que contó el chico?

ANTONIO (*de aquí en adelante el diálogo cada vez más rápido y más intenso*).- Todo el mundo cuenta cosas, acá; no hay por qué creer a todo el mundo

JUANA.- Usted sabe que lo del chico es cierto

ANTONIO.- Yo no tengo por qué saber nada

JUANA (*cabecea hacia fuera*).- Y que lo otro también es cierto

ANTONIO.- La gente puede exagerar. Aquí vino una mujer y habló. Después vino éste y habló. La gente habla mucho, eso es todo

JUANA.- Usted sabe que es cierto

ANTONIO.- Yo no sé nada

JUANA.- Sí que lo sabe. Por lo menos sabe que **puede** ser cierto. ¡y sabe cómo está hecho ese pan!

ANTONIO *(después de largar una risa fuerte y falsa)*.- ¿Y cómo está hecho ese pan, vamos a ver? ¿Cómo están hechos todos los panes del mundo? ¡Cuénteme un poco! *(Su risa se convirtió en una sonrisa agria y mordaz)* ¡Sería lindo saberlo! *(Apenas termina de hablar gira, pero en ese instante, deteniendo su movimiento, aparece desde la calle, por la puerta de foro izquierda, el Repartidor. Viene demudado. Deja la canasta y se pasa el pañuelo por la frente llena de sudor mientras habla.)*

REPARTIDOR.- ¡Dios me libre! *(avanzando)* ¿Saben lo que tuve que ver, recién? *(Mira a todos)* ¡Uno de esos ataques! Se lo regalo a cualquiera. *(Le habla a Garufa, que está cerca)* ¡Pobre tipo! ¿vos sabés cómo gritaba? Todavía lo oigo, mirá. Estaba loco. ¡No es para deseárselo a nadie, no! *(Busca con la mirada un sitio para sentarse, lo encuentra y mientras se sienta, musita)* ¡Dios me libre! ¡Se lo regalo a cualquiera! *(Las miradas de todos están ya fijas sobre Antonio, quien continúa inmóvil. Antonio deja de mirar al Repartidor, y concentra su vista torvamente en el suelo)*

JUANA *(sin dejar de mirar a Antonio)*.- Cuente. Siga contando, Francisco. Necesitamos saber

REPARTIDOR.- No, señora, para qué. Usted no sabe lo que fue eso

JUANA *(su mirada sobre Antonio)*.- Ya le dije, necesitamos saber

REPARTIDOR *(aceptando)*.- Bueno, como quiera. Pero le aseguro que no es nada lindo. *(Se moja los labios)* Fue ahí, en el 2475, donde hay ese pensionista nuevo. Yo todos los días dejo el pan en la cocinita, al fondo. Hay que pasar por el patio, ¿sabe? Bueno... *(Juana, Mateo y Badoglio miran ya a Antonio definitivamente, cada uno con una mirada distinta: Juana, de desafío; Mateo, de súplica; Badoglio, de temor cómplice; sólo José y Garufa ponen toda su atención en el relato del repartidor. Antonio, con las mandíbulas apretadas. Trata de ganarle la partida a sus nervios)* Entro lo más tranquilo en la casa cuando veo que en el segunndo patio estaban todos los vecinos, como si pasara algo. Yo me extrañe, porque hoy es día de trabajo como cualquier otro. Pero cuando llego me entero. Resulta que a ese tipo, ese nuevo. Le había dado un ataque. Yo no sabía de qué, ni cómo era. Pero al ratito de estar ahí la mujer salió de la pieza toda asustada *(A Garufa)*, llorando, ¿sabés? Y detrás salió el tipo. *(A todos)* ¿Ustedes saben qué impresión? Porque una cosa es contar y otra es estar allí, en ese momento.

JOSÉ *(con ansiedad)*.- ¿Por qué? ¿Qué hacía el tipo?

REPARTIDOR.- ¡Vos sabés cómo gritaba! ¡Y cómo se agarraba la cabeza!

GARUFA.- ¿Y qué decía?

REPARTIDOR.- ¡Nada, qué iba a decir; se quejaba! ¡Y ponía unos ojos que Dios me libre! ¡Otro que de loco!

JOSÉ.- ¿Y qué pasó cuando salió?

REPARTIDOR.-Y, los vecinos en seguida lo agarraron y lo metieron otra vez en la pieza

GARUFA.- ¿Sin hacerle nada?

REPARTIDOR.- Estaban esperando que llegara la ambulancia. Pobre tipo. ¿Vos sabés la impresión que daba? Te podés imaginar que yo no esperé, ¿no? Me di media vuelta y me vine. Qué querés, no podía aguantar

GARUFA (*por decir algo*).- Me imagino

JUANA (*que no dejaba de mirar a Antonio*).- Todos nos imaginamos. Debe ser algo terrible.

REPARTIDOR.- Y, figúrese, patrona

ANTONIO (*manteniendo la mirada de Juana*).- Claro que debe ser algo terrible. (*Ahora mirando al Repartido*) Va a ser mejor que lo olvidés; no conviene acordarse de esas cosas

REPARTIDOR.- Sí, tenés razón. (*Se pone de pie*) Voy a seguir con el segundo reparto, mejor (*Todos se miran con cierta alarma*)

BADOGLIO (*acercándose*).- ¿Tenés la lista de pedidos, ahí?

REPARTIDOR (*algo extrañado; saca un papel*).- Sí

BADOGLIO.- ¿Es larga?

REPARTIDOR.- No. ¿Por qué?

BADOGLIO.- A ver. (*Toma la lista y la revisa rápidamente, mientras José espía por sobre su hombro. Se la devuelve*) Está bien. Andá

REPARTIDOR.- ¿Por qué? ¿Qué pasa?

BADOGLIO.- Nada; curiosidad. Andá

JUANA (*se acerca a Antonio*).- No se gana nada con revisar esos pedidos (*Antonio no contesta*)

REPARTIDOR.- Pero che, ¿qué pasa?

JUANA (*siempre a Antonio*).- Usted los hace callar, como siempre, y después nadie dijo nada; nadie sabe nada. Pero aquí ya todos saben cómo está esa harina (*señala la bolsa*)

ANTONIO (*sordo; al fin*).- Tiene razón; todos saben

JUANA (*rápido*).- ¿Y entonces?

ANTONIO (*más fuerte, siempre sordo*).- Y entonces que hable el que tenga que hablar. ¡Para mí es una maldita casualidad, y nada más! (*Tensión. Se ve al Repartidos, con los ojos muy abiertos, acercándose a la bolsa y tomar un puñado de harina*)

PATRÓN (*aparece trayendo una canasta vacía*).- ¿Qué hay? ¿Pasa algo aquí?

REPARTIDOR (*disimula. Deja la harina en la bolsa. Habla nerviosamente*).- Les... estaba contando. Recién vi uno de esos ataques. Ahí, en el 2475, y...

PATRÓN (*interrumpe*).- Sisisisí, ya lo sé. La gente no hace más que hablar de eso, esta mañana. Pero por favor vaya y siga con el reparto, ¿quiere?, que el trabajo no se hace solo. (*Y arroja la canasta vacía por ahí*) Después vienen los clientes y se quejan (*Desaparece por donde vino*)

REPARTIDOR (*mira a todos nervioso*).- Bueno... voy a seguir... (*Va a continuar hablando pero se detiene y opta por irse rápido. Se produce un silencio. Juana, sin moverse, mira a Antonio. Al fin:*)

JUANA.- ¿Entonces? (*Nadie contesta. Juana mira a todos. Todos miran a Antonio, que se hace el desentendido en un rincón*) Les pregunto a todos. No es él solo el que debe decidir

ANTONIO (*lento, demasiado tranquilo, sin mirarla*).- Al fin dice algo con sentido común

JUANA.- Ustedes oyeron

JOSÉ (*suave, con cierta ansiedad*).- ¿A vos te parece, Toño, que...

ANTONIO (*suave pero cortante*).- A **mí** me parece lo que a mí me parece; no lo que les parece a ustedes. Que cada uno haga lo que quiera. Para eso ya son mayores de edad. (*José y Garufa se miran. Al fin:*)

GARUFA.- Sí, Toño, pero **vos**... ¿Qué pensás?

ANTONIO (*sabe que triunfó*).- Ustedes ya saben lo que pienso. (*Juana mira rápidamente a todos. Pausa*)

JUANA (*con sorda ansiedad*).- ¿Entonces?

BADOGLIO (*como si no lo hubiera oído*).- Vamos, muchachos, vayan llevando todo esto para el fondo, que después tenemos que acomodar acá. Vamos. (*José y Garufa llevan canastos vacíos saliendo por la puerta que da a los fondos. Badoglio mira a Mateo, que desde hace un rato no sabe qué hacer con su alma*) Vos también, ya que

estás, lleváte esto. *(Le muestra los implementos del mate. Mateo, vacilando, obedece. Al mismo tiempo Juana, derrotada, se sienta cansada en un banco, con una sonrisa amarga dirigida a Badoglio)*

JUANA.- Creía que usted, Lupo, por lo menos, pensaba lo mismo

BADOGLIO *(la mira suavemente ofendido)*.- Y qué quiere, patrona. Me desacostumbré *(con ironía amarga)* Hace como veinte años que todos piensan por mí

JUANA.- Sin embargo, usted se fijó en los pedidos

BADOGLIO.- Curiosidad

JUANA.- No; quiso asegurarse de que nadie pedía pan de centeno

BADOGLIO *(disgustado)*.- Y bueno. Puede ser un arranque, ¿no? Todavía me quedan algunos. Pero no se aflija, que no se van a repetir. *(Sale rápido hacia el fondo. Pausa)*

ANTONIO *(después de mirarla un momento)*.- Lo ofendió, patrona, Badoglio piensa por sí mismo. **Todos** aquí piensan por sí mismos.

JUANA.- No me haga reír

ANTONIO.- No la hago reír

JUANA.- Aquí es usted el que marca el compás; y todos lo siguen. *(Con ironía)* Es el jefe

ANTONIO.- Yo no soy ni ningún jefe. Aquí todos piensan; por sí mismos. Por eso cada uno sabe lo que arriesga

JUANA *(lo mira. Tiempo)*.- Eso sería mucho peor; más triste

ANTONIO.- No eche la culpa a los otros. Usted también piensa y sabe lo que arriesga

JUANA *(realmente no entiende)*.- ¿Qué quiere decir?

ANTONIO.- Que si no lo supiera, ya estaría gritando por ahí lo que quiere que nosotros gritemos. Y no sé si se fijó; los que tienen que hablar son ustedes. Usted. *(Señala hacia adentro)* Su marido

JUANA *(fijamente)*.- Ustedes hacen el pan

ANTONIO *(le responde con la misma frialdad que ella empleó, pero luego su tono va subiendo a pesar suyo)*.- Nosotros amasamos la harina que nos dan; y la metemos ahí para que se pueda comer. Nada más. No sabemos nada de la harina ni sabemos quién la va a comer. Es un trabajo como cualquier otro. Nos ganamos la vida

JUANA *(firme y serena)*.- Pero hacen el pan

ANTONIO (*más fuerte*).- Todo el mundo come pan, ¿no? Alguno tiene que hacerlo

JUANA (*igual que antes*).- ¿Por qué se enoja?

ANTONIO.- Me aburro

JUANA.- Se enoja

ANTONIO.- Me aburro. No me gusta discutir y usted lo sabe. Y si está tan segura de toda esa historia... ya le dije: con hablar se arregla el asunto. A ustedes les toca; vaya y hable. (*Gira dando a entender que no piensa seguir hablando. Tiempo. Juana separa su mirada de él; afloja sus músculos*)

JUANA (*con gran cansancio*).- Yo no tengo nada que arriesgar, Antonio. Entiendo lo que me quiere decir, pero hace tiempo que perdí lo que podía perder. Usted debería saberlo: me mira, cuando camino de aquí para allá, como una sonámbula. Además, sabe todo lo que pasa aquí... (*Señala hacia el negocio con su cabeza*) No, Antonio; yo ya no tengo nada que perder. (*Trata de sonreír*) Estoy como el nadador, cuando prueba la tabla del trampolín, antes de tirarse al agua, y pega esos saltitos... Muchas veces lo pensé. Estoy ahí; hace años. En un equilibrio raro. Sin necesidad de volver atrás... sin necesidad de saltar... Cualquier cosa me da lo mismo; y me quedo; sin esperar nada; ni siquiera que pase el tiempo. (*Pausa*) No, Antonio; yo no tengo nada que perder

ANTONIO (*tiempo. Busca sordamente el ataque*).- ¿Y por qué no habla, entonces?

JUANA.- Sí, ya sé que debería hablar. Todo esto puede ser terriblemente cierto. Y en este momento por ahí hay gente que ya tiene el pan den la mesa y cree que es el mismo pan bueno de todos los días... Ya lo sé. (*Grave*)Y sin embargo me quedo aquí, sentada, sin moverme

ANTONIO (*tercamente mordaz*).- Y **no es** porque sabe lo que arriesga.

JUANA (*para sí*).- No; no es eso

ANTONIO (*más intensa su mordacidad*).- ¿Y qué es, entonces? (*Pausa. Ella lo mira*)

JUANA (*quieta, suave y definitiva*).- Usted

ANTONIO (*gira y la mira. Luego se afloja*).- Búsquese una excusa mejor, patrona

JUANA (*igualmente suave, sin oírlo ni mirarlo; casi caprichosa*).- Debe ser **usted** el que vaya y hable

ANTONIO (*quisiera usar cinismo*).- No me diga

JUANA (*igual que antes*).- Debe ser usted, Antonio, ¿comprende?

ANTONIO (*igual que antes*).- ¿Ajá? ¿Y qué más?



JUANA.- Usted debe ir y decirle, al que sea, lo que está pasando. Aunque después no sea cierto. Usted sabe que puede ser cierto; y eso es lo que importa

ANTONIO (*sin pausa, reacciona sordamente*).- Bueno, señora; ahora me toca hablar a mí, si le parece. Y poco. (*La enfrenta*) Su charla no me convence. En esta casa hay un patrón, y él...

JUANA (*interrumpe*).- En él no se puede pensar; usted lo sabe

ANTONIO (*sin pausa, fuerte*).- ¡Sí es así peor para él; esto no es asunto mío!

JUANA (*sin pausa, fuerte, de una vez por todas*).- ¿Y **qué** es asunto suyo? ¡Si hay algo en esta vida que sea asunto suyo, dígallo de una vez! (*La miradas se enfrentan. Silencio. Juana firme, casi en el grito. Antonio, al fin, gira la cabeza y apretando las mandíbulas intenta reiniciar su trabajo. Juana afloja también sus músculos; pero continúa con sus nervios tensos. Comienza a pasearse nerviosamente y habla a borbotones, casi como a pesar suyo. Abre su guardia. Su tono es de cansancio, desprecio y hasta rencor*) No. Nunca lo diría. Le costaría demasiado decirlo. Las cosas que están escondidas bien adentro no salen afuera así porque sí. Y usted... ese “asunto suyo”... lo lleva escondido bien adentro. Casi lo suficiente como para que nadie se dé cuenta. (*Lo mira*) Casi. Porque yo me di cuenta. (*Pausa. Fijo.*) El miedo. **Eso** es asunto suyo. (*Antonio gira rápidamente la cabeza y se encuentra con la mirada fija de Juana. Tiempo*)

ANTONIO (*desafiante*).- Miedo a qué

JUANA (*inmóvil*).- Miedo, simplemente; a estar parado ahí, viviendo

ANTONIO (*conteniéndose*).- Mejor se calla la boca, patrona (*Le da la espalda*)

JUANA (*ataca, en un susurro violento, mordaz*).- Claro. Callarse la boca. Cerrar los ojos. Y hacer fuerza para reírse; de cualquier cosa. Lo que necesita es estar contento. Olvidarse. Escapar de este mundo. Y fabricarse un mundito propio, egoísta y estúpido, ¡pero seguro, tranquilo!

ANTONIO (*más*).- ¡Cállese, patrona!

JUANA (*más*).- Claro. Lo que necesita es no oír... no ver... no entender. Las cosas están ahí, bien a la vista, y son como son, pero él no las ve, no las entinde

ANTONIO (*más*).- ¡Le he dicho que se calle, patrona!

JUANA (*ahora de frente*).- Pero usted las entiende, Antonio. Por más que queira engañarse, sabe que las cosas son como son, y no como usted quiere que sean. Y sabe que ese mundito egoísta suyo no sirve para nada, porque es imposible escapar. Y que ese pan es como es; y usted, y yo, y todo es como es. ¡Por más que se encierre ahí adentro lleno de miedo usted lo sabe, Antonio!

ANTONIO (*ahora grita*).- ¡Le he dicho que se calle! (*Pausa. Antonio inmóvil. Juana se esfuerza en dominar sus nervios. Lentamente va hacia la puerta que comunica con la trastienda del negocio. Una vez allí gira y mira a Antonio*)

JUANA (*fría*).- Alguna vez se lo tenía que decir. Mejor que haya sido hoy. (*Sale pesadamente por esa puerta. Antonio ha quedado en el centro de la cuadra, solo, replegado en sí mismo, turbado. Lentamente gira su cabeza en dirección a al bolsa de harina de centeno y vuelve a girarla hacia la puerta por donde desapareció Juana. Luego vuelve la mirada hacia el fondo del teatro. Y allí queda, sus nervios tensos como para un salto, apretado entre su conciencia y su miedo, inmóvil.*)

## TELÓN

### ACTO SEGUNDO

*El telón se abre lentamente. El tiempo ha retrocedido unos segundo para hacer más vívido el recuerdo de la situación interrumpida. Juana, pues, está en escena, enfrentando a Antonio después del grito, esforzándose en dominar sus nervios. En seguida gira y va hacia la puerta que comunica con la trastienda del negocio. Una vez allí se vuelve y mira a Antonio.*

JUANA.- Alguna vez se lo tenía que decir. Mejor que haya sido hoy. (*Sale pesadamente por esa puerta. Antonio ha quedado en el centro de la cuadra, solo, como antes. Gira como antes su cabeza hacia la bolsa de harina y luego hacia la puerta que da a la trastienda. Pero cuando su mirada se tiende hacia el fondo del teatro aparece Badoglio por la puerta que da al corredor. Los dos se observan, eludiendo la mirada franca a los ojos. Hablan lenta y evasivamente.*)

BADOGGIO (*por Juana*).- ¿Se fue?

ANTONIO.- Sí

BADOGGIO (*tiempo*).- ¿Van a avisar?

ANTONIO.- No sé. (*Tiempo*) ¿Y el chico?

BADOGGIO.- Ayudando a acomodar unas bolsas

ANTONIO.- ¿Dijo algo más?

BADOGGIO.- Ni una palabra

ANTONIO (*tiempo*).- ¿Qué pensás vos de... de ese cuento?

BADOGGIO.- ¿De cuál?

ANTONIO.- De ése de Francia

BADOGGIO (*se escurre*).- Y...

ANTONIO.- La verdad, Badoglio. A mí me la podés decir

BADOGLIO (*tiempo. Se decide*).- Que es cierto

ANTONIO (*sorpresa suave; rápidamente*).- ¿Por qué?

BADOGLIO (*con disgusto*).- Me acuerdo. Se habló mucho aquella vez

ANTONIO (*tiempo*).- Entonces te callaste

BADOGLIO (*rápido*).- ¿Alguna vez te metiste en algún lío vos? Yo sí. Y sé lo que pasa. Apenas asomás la cabeza, te agarran de la trompa, te meten adentro, y después salís si sos brujo. No, Toño, no. Te lo digo a vos; pero a nadie más. No quiero ningún lío; ya tuve bastantes. Ahora quiero vivir tranquilo

ANTONIO (*pausa. Gira la cabeza lentamente y lo mira a fondo*).- ¿Tranquilo, eh?

BADOGLIO.- Sí, por qué ¿No se puede?

ANTONIO (*casi para sí. Definitivo*).- Parece que no

BADOGLIO (*no entiende*).- ¿Qué querés decir?

ANTONIO.- Que habrá que ganárselo, Badoglio. (*Antes de que Badoglio pueda pensar una respuesta aparecen Garufa y José. Detrás de ellos llegará lentamente Mateo. Todos se mueven nerviosos; sus conciencias no les permiten actuar con libertad. Garufa quiere liberarse antes de tiempo*)

GARUFA.- Che, Toño. La gorda de al lado se puso a tomar sol otra vez

ANTONIO.- (*no contesta*)

GARUFA.- ¿No querés ir a ver?

ANTONIO.- (*no contesta*)

GARUFA.- Está fenómeno, vos sabés. Hace gimnasia y todo (*Mira a Badoglio*) ¿Por qué no vas a ver? Es un plato ¿No es cierto, polaco, que es... (*Se encuentra con la mirada preocupada de todos y comprende que no debe insistir. Va a un rincón mientras Mateo se acerca a Badoglio*)

MATEO.- Yo estuve pensando

BADOGLIO (*lo mira de reojo*).- ¿Otra vez?

MATEO (*tiempo*).- Me voy

BADOGLIO.- Ah, sí. Adónde

MATEO (*se encoge de hombros*).- Me voy

BADOGLIO.- ¿Por qué? ¿No te gusta acá?

MATEO.- *(no contesta. La mirada en el suelo)*

BADOGLIO.- No te gusta

MATEO.- No es que no me guste. Lo que pasa es que... *(No sigue)*

BADOGLIO.- Qué

MATEO.- Usted sabe

BADOGLIO.- Bueno... Si es lo que imagino... no tenés por qué preocuparte. Vos acabás de llegar. Y si no nos preocupamos nosotros...

MATEO *(tranquilo)*.- Ustedes se preocupan

BADOGLIO *(molesto)*.- ¿Ah, sí? ¿En dónde leíste eso?

MATEO.- En ninguna parte. Se nota

BADOGLIO *(explota)*.- ¡Lo que se nota es que vos sos un meterete; y muy chico! ¡Y si querés irte te vas! ¡A nosotros no nos tenés que avisar nada; el que te tomó fue el patrón, no nosotros! ¡Así que ya sabés lo que tenés que hacer!

MATEO *(aprieta las mandíbula. Quiere contenerse)*.- Claro que lo sé. Pero ustedes también deberían saberlo. Porque lo que están haciendo es una... *(se contiene. Arranca para salir. Antonio se coloca en su camino y sin tocarlo lo detiene)*

ANTONIO.- ¿Una qué? *(Antonio habla lenta y pesadamente.)*

MATEO.- Déjeme ir

ANTONIO.- Una qué. Hablá

MATEO.- ¡A usted no le gusta que hable!

ANTONIO.- Ahora me gusta

MATEO.- ¡Déjeme ir!

ANTONIO.- Por lo menos ibas a decir: “Una porquería”, ¿no?

MATEO.- *(no contesta. Gira y le da la espalda. Pausa)*

ANTONIO *(con igual tono cansado, mirando a todos)*.- ¿Y? ¿tiene razón o no? ¿Ustedes que piensan?

GARUFA.- ¡Qué a nosotros no nos va a insultar!

ANTONIO (*pausa. A Badoglio*).- ¿Tiene razón, Badoglio?

BADOGLIO (*lento, fijo*).- Es muy chico. Eso es lo que tiene.

ANTONIO (*pausa. A José*).- ¿Y vos? Aquí opinan todos

JOSÉ (*duda*).- Y... no sé. Cuando habla él me parece que tiene razón él. Pero hablan ustedes y tienen razón ustedes.

GARUFA.- ¿Y cuando no habla ninguno? ¿O vos nunca pensás?

ANTONIO.- Sí, Garufa, tranquilizate; él también piensa.

MATEO (*interviene rápido*).- ¿Y usted? (*Todos lo miran*) ¿Usted piensa?

ANTONIO (*pausa. Lo mira*).- A veces

MATEO (*rápido*).- Me gustaría saber qué. (*entra la Empleada, mecánicamente, con una canasta en la mano*)

EMPLEADA (*a Badoglio, que está más cerca*).- ¡Qué barbaridad; a todos se les ocurre venir a la misma hora! (*busca con la mirada*) ¿Dónde está el de centeno? (*Todos giran hacia ella. Se yerguen. Antonio se acerca lentamente, pero con seguridad. Ella descubre el pan*) Ah. Cada día lo ponen en un lugar distinto (*Va a tomarlo pero se encuentra con Antonio. En ese instante aparece Juana por la misma puerta que atravesó la Empleada y allí queda observando*)

ANTONIO.- Llévese ese otro, si quiere. Este no se puede

EMPLEADA.- Vamos, no se haga el gracioso.

ANTONIO.- Aquí nadie está para gracias. Llévese ese otro

EMPLEADA (*mira a todos, que están observándola seriamente*).- ¿Pero qué pasa?

ANTONIO.- Llévese ese otro; y dígame a los cliente que de centeno no hay más. Eso es todo

EMPLEADA.- ¿Ah, sí? ¿Y al patrón qué le digo?

ANTONIO.- Lo que quiera.

EMPLEADA.- ¿Pero que bicho te picó?

ANTONIO.- Se va yendo, o si no a quien le va a picar un bicho es a usted

EMPLEADA (*casi indignada*).- ¡Pero fíjese un poco! ¡Claro que me voy! (*Y se va nomás, con la frente alta. José está cerca de Antonio, sonriente. Mateo avanza un paso y se detiene. Antonio, sin moverse, mira a Mateo*)

ANTONIO.- Eso es lo que pienso. (*Tiempo*) ¿Estás contento, ahora?

MATEO (*no contesta, pero avanza otro paso hacia él, sonriendo*).-

JUANA (*desde la puerta*).- Son varios los que van a estar contentos, ahora. (*Antonio gira y descubre a Juana. Luego sigue su camino*)

JOSÉ (*con ganas*).- ¿Vamos a avisar, entonces?

ANTONIO.- No. Esperaré que venga el patrón. Las cosas por orden.

JOSÉ.- ¿Y si no viene?

ANTONIO.- Va a venir, perdé cuidado

GARUFA (*transigiendo*).- Al final... casi es mejor, ¿no, Badoglio? Ahora todo se va a aclarar. (*Badoglio no contesta. Antonio repara en él*)

ANTONIO (*mira a Badoglio*).- El que no esté de acuerdo tiene libertad para hacer lo que quiera. (*Con cierta rabia consigo mismo*) Yo tomé la responsabilidad. Así que... (*Mira a Juana con intención*) Esto es asunto mío. (*Juana contesta con una sonrisa franca. Tiempo.*)

PATRÓN (*apareciendo*).- ¿Qué pasa? ¿Quién dijo que no hay pan negro? (*se acerca a la canasta y lo ve. Muestra un pan*) ¿Y eso qué es?

ANTONIO (*sin moverse*).- Hay; pero no sirve, patrón

PATRÓN.- ¿Cómo?

ANTONIO.- Va a ser mejor que se prepare para recibir una linda noticia

PATRÓN.- ¿Qué noticia?

ANTONIO (*avanza. Tiempo*).- Ese pan... no se puede vender. No está bien

PATRÓN (*mira a Antonio. Luego al pan; lo revisa. Espera otra cosa*).- Vamos, déjese de chistes que hay gente ¿Qué tiene el pan?

ANTONIO.- No es chiste. Ese pan no está bien, patrón

PATRÓN.- Le pregunté qué tiene

ANTONIO (*con esfuerzo*).- Bueno... puede que esté... en fin...

JUANA (*con frialdad, inmóvil*)- Envenenado

PATRÓN (*tocado, mira rápido a Juana; luego a Antonio*).- ¿De dónde sacan eso?

MATEO (*interviene rápido*).- Una vez hubo un caso, en Francia. La harina tenía unos hongos. A mucha gente le atacó la cabeza. Y algunos murieron

JOSÉ (*rápido, agregando*).- El pan de la locura, lo llamaron. (*Pausa. El Patrón entiende*)

PATRÓN (*después de mirar a todos; sordo*).- ¿Qué quieren decir?

ANTONIO.- Está claro, patrón. Va a haber que hacer la denuncia. En seguida. (*El Patrón lo mira seriamente y de pronto comienza a reír. Quiere interpretar la situación a su modo*)

PATRÓN.- Así que en Francia. Qué bien, eh. Y ustedes ya imaginaron todo lo demás. ¿Quién fue el que inventó esta novela?

ANTONIO.- No es ninguna novela, patrón. Usted sabe que...

PATRÓN (*interrumpe*).- Vamos, déjense de tonterías, por favor.

ANTONIO (*rápido*).- Hay que hacer la denuncia, patrón

PATRÓN (*pausa. Lo mira serio. Ya está el desafío*).- ¿Y eso quién lo resuelve? ¿Usted?

ANTONIO (*también en él está el desafío*).- Si no hay otro que lo resuelva, sí

PATRÓN (*quiere superar la situación*).- Mejor me calle. (*A Garufa, nerviosamente*) Llévase todo eso para el fondo. Ya vamos a averiguar después, y entonces...

ANTONIO (*interrumpiendo a Garufa que ya se movía*).- Esperá Garufa. (*Al Patrón, después de una pequeña pausa*) Antes hay que avisar. Por las dudas

PATRÓN (*ya no contiene sus nervios*).- Por las dudas de qué

ANTONIO.- Es peligroso. Hay mucho pan por ahí, y la gente no sabe

PATRÓN (*más*).- Y usted sabe

ANTONIO.- Hay que asegurarse

PATRÓN (*nervioso*).- ¿Asegurarse de qué, me quiere decir? ¿De que venga la inspección y me cierre el negocio, nada más porque usted tiene mucha imaginación?

ANTONIO.- No se trata de imaginación. Si pasó una vez puede pasar otra

PATRÓN (*fuerte ya*).- ¡Me importa un rábano lo que pueda pasar! ¡Lo que me importa es que esta harina está un poco seca, y nada más!

ANTONIO (*firme; señala la bolsa*).- Mire y revise bien

PATRÓN (*fuerte*).- Ya miré todo lo que tenía que mirar. ¡Y además le pregunté al molino!

ANTONIO (*firme*).- ¿Vinieron a verla?

PATRÓN.- ¡¿Pero usted no quiere entender?! *(Gira, en busca de auxilio)* Hable usted, Lupo. Esta mañana le conté. ¿Qué dijo el molino?

ANTONIO *(no espera a que conteste Badoglio)*.- Le pregunto si vinieron a verla

MATEO *(interviene rápido)*.- Esta harina tiene hongos

JOSÉ *(rápido)*.- ¡Claro que sí! Y el pan de la locura...

PATRÓN *(interrumpe furioso)*.- ¡El pan de la locura, el pan de la locura! ¡Aquí los únicos que se han vuelto locos son ustedes! ¡Ustedes! ¿Comprenden?

ANTONIO *(siempre firme, inmutable)*.- Eso también puede ser. Pero hay que hacer la denuncia. *(Pausa. El Patrón queda quieto, sin saber qué actitud tomar. Mira de reojo a todos)*

PATRÓN.- Conque... Todos se pusieron de acuerdo, ¿eh? Es un complot.

ANTONIO.- Se equivoca, patrón. Este es asunto mío, nada más

JOSÉ *(rápido)*.- Mío también

MATEO *(rápido)*.- Y mío

GARUFA *(después de pedir permiso a Badoglio con la mirada)*.- Y mío *(El Patrón, desolado, mira a Badoglio)*

BADOGLIO *(dejándose caer, derrotado)*.- Y mío, también

PATRÓN *(después de una pausa que mira nerviosamente a todos)*.- Lo que yo dije. Un complot

ANTONIO *(feliz en el fondo)*.- No, patrón. A veces pasa que lo que es asunto de uno... de repente se convierte en asunto de todos; nada más.

PATRÓN *(tratando de encontrar, en el fondo de sí mismo, una fuerza que lo controle)*.- Pero todos... habían visto antes esa harina, ¿no es así?

ANTONIO.- Sí. Todos

PATRÓN *(fuerte)*.- ¿Y por qué no hablaron, entonces?

ANTONIO.- Será porque no pensamos. O pensamos *(mira el horno)* que ahí, en el horno, se arregla todo. *(Mira al Patrón)* Pero parece que no. Y ahora hay que hablar.

PATRÓN *(desesperado)*.- ¿Pero ustedes... no se dan cuenta de lo que esto va a significar para mí? ¿No comprenden que me pueden cerrar el negocio? ¿Que nadie va a volver a comprar nada aquí? ¡Que es mi ruina!



ANTONIO (*inmutable*).- ¿Avisa usted, patrón? ¿O avisamos nosotros?

PATRÓN (*fuerte*).- ¡No va a avisar nadie! ¡Después de todo el que manda aquí soy yo!

ANTONIO.- Aquí sí. Pero esta ya no es una cuestión de aquí solamente (*a José*) Andá, José (*José se mueve*)

PATRÓN (*rápido*).- ¡Un momento! (*Todos queda quietos. Tiempo*) Piensen un poco, por favor. Hace doce años que tengo esta panadería. Desde los treinta. Ahora tengo cuarenta y dos; mucho tiempo no me queda para volver a empezar. Yo era uno de ustedes. Y me fui haciendo desde abajo. Me costó sangre pero lo conseguí; ustedes lo saben. Saben lo que me costó entrar en aquella sociedad, ya les conté; y saben lo que me costó después, quedarme con todo el negocio. Y lo que me cuesta ahora, seguir adelante. Ustedes lo saben. Yo no tengo descanso; ni domingos, ni fiestas, ni nada. Tuve que dejar todo por esto. Ahí tienen a mi mujer; pregúntenle. Ella también tuvo que dejar todo. Era maestra; y dejó el puesto para poder ayudarme; pregúntenle. Toda una vida. Toda una vida me llevó poder levantar este negocio. Ustedes lo saben. No pueden ahora, porque se les ocurre, tirarme de golpe todo abajo. ¡No pueden hacerme esto!

ANTONIO (*con lejano desprecio*).- En este momento hay cosas más importantes que toda una vida como la suya, patrón. Y hay que elegir.

PATRÓN (*desesperado*).- ¿Pero no se da cuenta de lo que esto puede significar para mí?

ANTONIO (*cansado, fuerte*).- ¡Sí, me doy cuenta de lo que puede significar para usted, para mí y para todos, maldita sea! ¿O se cree que usted vive solo encima de este mundo?

PATRÓN (*igual*).- ¡No, usted no me puede hacer eso!

ANTONIO.- Anda, José. (*José duda*)

PATRÓN (*rápido*).- ¡Ustedes no pueden hacer eso!

ANTONIO.- Andá, José (*José se mueve*)

JUANA (*rápido, cortando*).- Bueno, basta. (*Todos quedan quietos, mirándola*) No peleen más; ya es suficiente. (*Pausa*) Están en camino; salieron para acá hace un rato

ANTONIO.- ¿Qué?

PATRÓN.- Juana...

JUANA.- Sí, llamé yo

PATRÓN (*No quiere comprender; se acerca a ella y la toma suavemente de los brazos*).- ¿Vos? ¿Justamente vos?

JUANA (*se desprende*).- Sí. También era asunto mío

PATRÓN.- ¿Pero no comprendés que...?

JUANA (*interrumpe, con abierto desprecio*).- Sí, sí, comprendo, sí. “¡Toda una vida!”, ¿no es cierto?

PATRÓN (*apabullado*).- No tenías derecho, Juana a...

JUANA (*no lo oye. Interrumpe, mordaz*).- “¡Toda una vida”! ¡Sí emociona oírtelo decir! “¡Toda una vida!” (*entre dientes*) Pero no pensaste, nunca, qué clase de vida fue esa

PATRÓN (*turbado*).- Juana, yo...

JUANA (*sigue, subiendo poco a poco el tono*).- Y la mía. Qué clase de vida fue la mía. Qué clase de vida es la mía; qué van a decir de mí, después, cuando me muera. No pensaste nunca eso. Viviste, nomás. A tu manera. (*Más sorda*) Pero tu manera no es la mía. Nunca fue la mía. (*Fuerte*) ¡Nunca va a ser la mía!

PATRÓN.- Juana, por favor...

JUANA (*firme*).- Muchos años terminan a veces en un minuto, como ahora. De modo que desde este momento... que lo sepa todo el mundo: cada uno va a vivir francamente a su manera. (*Pausa. El Patrón mira nervioso alrededor. Luego a Juana*)

PATRÓN (*nervioso; suave*).- Es una vergüenza, Juana. Una verdadera vergüenza. (*Se va nerviosamente hacia el negocio. Pausa larga. Juana ha caído sobre un banco; sus ojos han perdido expresión. Antonio se acerca lentamente.*)

ANTONIO (*cabecea hacia el negocio*).- ¿Tenía que decírselo ahora?

JUANA (*piensa*).- No lo pensé. Salió, simplemente. Sin darme cuenta. A él también se lo debía.

ANTONIO.- ¿Pero por qué hoy?

JUANA (*se encoge de hombros*).- Será que los vi ahí, frente a frente, a ustedes dos. Y era mucha la diferencia

ANTONIO.- Hace un rato no pensaba así

JUANA.- No. Pero después usted hizo lo que yo quería que hiciese. Gracias. (*Él la mira*) Gracias de veras.

ANTONIO.- No estoy seguro de que tenemos razón

JUANA (*se encoge de hombros*).- Cada uno de nosotros tiene razón. (*Cabecea hacia el negocio*) Hasta él

ANTONIO (*tiempo. Por ella*).- Convendría que no estuviera aquí cuando vengan

JUANA.- Al contrario. Debo estar

ANTONIO (*no sabe que decir*).- Como quiera. (*Se aleja, dejando a Juana replegada en sí misma. Tiempo, José se acerca a Antonio*)

JOSÉ (*con temor*).- ¿Y ahora que puede pasar, Toño?

ANTONIO.- No sé. Hay que esperar

GARUFA (*nervioso*).- Andá afeitándote, que vas a salir en los diarios

JOSÉ (*enojado*).- ¿Siempre chistoso, vos, che?

GARUFA.- ¿Y qué querés? ¿Que me ponga a llorar? (*Se oye el ruido de la cortina del negocio al ser bajada. Todos escuchan.*)

JOSÉ (*a Antonio*).- Bajó la cortina

ANTONIO (*que miraba hacia la puerta que da al negocio*).- Sí. (*Se sienta. Mira a Mateo.*) ¿Cómo te llamabas, vos?

MATEO (*se acerca cordial. Ha cambiado de actitud con Antonio*).- Mateo

ANTONIO.- Ah sí. (*Lo observa*) Mateo ¿Y por qué?

MATEO.- Por San Mateo. Me lo puso mi padre

ANTONIO.- Claro; el santo, ¿no?

MATEO (*demuestra lo aprendido*).- Uno de los doce apóstoles

ANTONIO.- Sí, claro

MATEO.- Uno de los que siguieron a Cristo por toda Judea

JOSÉ (*a Garufa*).- Judea, ¿oíste?

GARUFA.- Sí, che, acabála

ANTONIO.- ¿Y qué hizo ese San Mateo?

MATEO.- Y, muchas cosas. Fue el primero que escribió el evangelio

ANTONIO.- Ah, se escribió varias veces

MATEO.- Y, sí. También lo escribió San Marcos, San Lucas y...

ANTONIO (*interrumpe*).- Bueno, bueno; pero... ¿Es tan importante eso?

MATEO (*no sabe*).- Y.... es lindo. ¿Usted conoce el Sermón de la Montaña; por ejemplo?

ANTONIO.- No

MATEO.- Fue ahí donde Jesucristo dijo que no hay que entrar por la puerta grande. Papá siempre me lo repetía. “Entrad por la puerta estrecha. Porque la puerta grande y el camino ancho llevan a la perdición. El camino que lleva a la vida es angosto y difícil, y tiene una puerta estrecha.”

ANTONIO (*tiempo. Lo mira*).- ¿Eso dice?

MATEO.- más o menos

ANTONIO.- Lo que está bien, está bien

MATEO (*con ingenua y simpática suficiencia*).- Tiene que leer, usted, todo eso. Por ejemplo fíjese: (*lo dice de memoria*.) “Después de la pena viene el placer, y después del infortunio la felicidad” (*Antonio lo mira pero no habla. Mateo espera una reacción pero como no hay:*) ¿Qué le parece?

ANTONIO (*siempre mirándolo, pero como si estuviera pensando en otra cosa*).- ¿Y eso quién lo dijo? ¿San Mateo, también?

MATEO.- No. Mahoma

ANTONIO (*sonríe*).- Lindo lío tenés en el coco<sup>36</sup>, vos

MATEO.- Al contrario. Es bueno conocer todo eso. Mahoma, por ejemplo, fue un gran hombre. Y San Mateo también.

ANTONIO (*pensativo. Casi para sí, irónico*).- Ahora no hay muchos así

MATEO (*lento, como pidiendo permiso*).- Mi padre también fue un gran hombre

ANTONIO (*igual*).- Tuviste suerte. El mío no

MATEO.- Usted se ríe

ANTONIO.- Hablo en serio. El mío no. No le dieron tiempo. (*Lo palmea cariñosamente*) A muchos no les dan tiempo

MATEO (*ingenuamente*).- Mi padre decía que no había necesidad de tener mucho tiempo ni de hacer grandes cosas para llegar a ser un gran hombre. Haciendo cosas pequeñas se llega igual. “Cada pan que hacemos es una cosa pequeña”, decía “pero es el pan de la gente. Y a la gente le cuesta mucho este pan. Por eso se convierte de una cosa pequeña en una grande si nosotros nos damos enteros y....’

ANTONIO. (*Tiempo. Incluyendo lo que iba a decir, lo obliga*).- ¿Y...?

MATEO (*después de una pausa en la que se decide. A pesar suyo. Suave*).- “... y lo hacemos sano; y limpio; y digno de la gente.”

---

<sup>36</sup> *Coco*: cabeza. Alude a la forma del fruto

ANTONIO (*pausa larga. Al fin, reconcentrado*).- Tu padre tenía una gran opinión de la gente

MATEO (*como antes, tímidamente*).- En el pueblo lo querían mucho

ANTONIO.- Me imagino. (*Piensa en aquí y en ahora*) No le habrá pasado lo mismo a aquel panadero francés. Ese que contaste

MATEO (*no entiende*).- Bueno... no fue un panadero solo; fueron varios

ANTONIO.- ¿Cómo?

MATEO.- Al que llevaron preso fue al molinero; él había entregado la harina

GARUFA (*radiante*).- ¡Claro! ¡La culpa la tiene el molino!

JOSÉ (*con esperanza, señalando hacia fuera*).- ¿Entonces las otras panaderías...?

GARUFA (*montado*).- ¡Quién sabe no se dieron cuenta!

ANTONIO (*rápido pero calmo*).- No se pongan nerviosos. (*Silencio*) Ahora lo que falta es que pidan una medalla. (*Silencio*) Esto debe haber pasado aquí, solamente; hace demasiado tiempo que esa bolsa está ahí. (*Los otros miran a Badoglio, en consulta. Antonio comprende*) Te están preguntando, Badoglio

BADOGLIO (*a los otros, nervioso*).- ¿Y acaso ustedes no lo saben? ¿O ahora resulta que todos son inocentes? Sí, hace tiempo que está ahí; y recién ayer nos dimos cuenta cómo estaba.

ANTONIO (*calmo*).- No tenés por qué enojarte. Hace un rato estábamos todos de acuerdo

BADOGLIO (*siempre enojado*).- ¡Ahora también estamos de acuerdo!

ANTONIO.- ¿Entonces?

BADOGLIO (*más calmo*).- ¡Entonces vos nunca entraste a una comisaría! Cuando llegás nadie te dice nada; te metés como Juan por su casa. Pero después tratá de salir y vas a ver. No. Después no salís como Juan por su casa; después te tienen que tocar un timbre, ¡si no no te dejan!

ANTONIO (*se acerca a Badoglio. Con una sonrisa suave, cabecea hacia el muchacho*).- ¿No oíste lo que dijo? La puerta estrecha es la que vale. Me imagino que para salir también

BADOGLIO (*lo mira, tratando de entender*)

ANTONIO.- Y a propósito; tomá (*saca dos billetes de su bolsillo y se los deja sobre la mesa*) Me ganaste la apuesta.

BADOGGIO.- ¿Qué apuesta?

ANTONIO (*cabecea hacia el muchacho*).- Mahoma. Sirve de veras (*Gira para volverse mientras Badoglio se ablanda, tocado. Al mismo tiempo aparece el patrón por la puerta que da al negocio. Viene agobiado, como soportando un enorme peso. Avanza dos pasos y en seguida se ve a la Empleada, que lo sigue. Trae también cara de circunstancias.*)

PATRÓN (*sin mirar a nadie*).- Ahí está. Ya cerré el negocio. Eso es lo que ustedes querían. (*Apenas lo oye, Juana se levanta lentamente y se aleja al extremo opuesto de la escena. En su lugar se sienta el Patrón, que busca un sitio para dejar su cansancio. La Empleada queda casi pegada a la pared, más allá de la puerta, como si no perteneciera a esa familia*)

ANTONIO (*que ha vuelto junto al horno, después de cambiar una mirada con Juana; al Patrón*).- ¿Quiere que haga la horneada? Ya es tiempo

PATRÓN (*con un lamento*).- No. Para qué. Para qué todo. Todo no sirve para nada, ahora.

ANTONIO.- Son puntos de vista (*se vuelve a sentar. Se produce un silencio pesado, largo. Todos quietos. Al final mira alrededor y:*) Bueno... Mientras esperamos... Convendría que alguien contara algo. No ganamos nada con estar callados. Hablando el tiempo pasa más rápido

PATRÓN (*lamento*).- Claro. Usted tiene ganas

ANTONIO (*aburrido*).- Tengo ganas de que el tiempo pase rápido, nada más (*otra pausa larga*)

BADOGGIO (*como naciendo de la nada o como si hubiese estado hablando desde hace un rato, suavemente*).- Esto me hace acordar una vez, cuando la guerra allá en África<sup>37</sup>.

GARUFA (*cansado interrumpe*).- ¡No, Badoglio! ¡Otra vez la guerra no!

JOSÉ.- ¡Calláte, querés!

BADOGGIO.- Bueno, si molesta no cuento.

ANTONIO.- No molesta, Badoglio. Contá nomás. Estabas en África.

BADOGGIO (*después de mirar con recelo a Garufa*).- Bueno. Esto me hace acordar a aquella vez. Los alemanes se habían ido y nos habían dejado a nosotros para defender un pueblito de mala suerte. Se esperaba a los ingleses, que avanzaban. Debían llegar de un momento a otro, y nosotros teníamos que resistir. Pero nosotros, apenas se fueron los alemanes, nos miramos y nos entendimos; ya estábamos cansados de pelear para todos menos para nosotros. Y ahí agarramos y pusimos una bandera blanca arriba de todo: que los ingleses tomaran todo el África que quisieran, ¡Que embromar! Y nos pusimos a esperar. Bueno. Ustedes no saben que importante era ese trapo blanco en aquel momento; parecía que hablaba. Estar esperando allí, sin saber que te iban a hacer los

---

<sup>37</sup> Esto... África: da el punto geográfico para aludir a la segunda guerra mundial

ingleses... el tiempo no pasaba nunca. Es lo peor. Cuando uno sabe lo que espera el tiempo pasa. Pero cuando uno no sabe... catorce horas estuvimos así. *(Terminó)*

GARUFA *(ahora interesado, esperando más)*.- Bueno, pero... ¿y después? ¿Llegaron los ingleses o no?

BADOGLIO.- Los que llegaron fueron los alemanes, de vuelta. Y acasi nos ponen contra la pared

JOSÉ.- ¿Cómo? ¿Y no habían retrocedido?

BADOGLIO.- Sí, pero habían atacado por otro lado, qué sé yo. ¿Quién entendía esa guerra en África? Parecía que estaban jugando a las escondidas. La cuestión fue que al final, a nosotros, por falta de confianza, nos mandaron a la retaguardia; y eso nos salvó

MUJER *(aparece por la puerta izquierda de foro)*.- Buenas... ¿Está el pollito, ya? *(La Mujer mira alrededor con curiosidad, temor y cuidado al mismo tiempo)*

ANTONIO *(de pie)*.- Vamos a ver... ¿Pasó una hora ya? *(Procede a retirar el pollo del horno)*

MUJER *(nerviosamente)*.- Sí, y más también. *(Descubre al Patrón)* Hola, patrón, cómo está

PATRÓN *(rehuyéndose)*.- Hola

MUJER *(como si en el fondo llevara una crítica)*.- ¿Así que.... Cerró el negocio?

PATRÓN *(hosco)*.- ¿No vio, acaso?

MUJER *(rondando)*.- Claro que vi; por eso le pregunto. ¿Y por qué cerró?

PATRÓN *(no sabe qué decir)*

ANTONIO *(desde allá, con intención, interrumpiendo)*.- Ya está doradito, señora *(Saca la bandeja del horno)*

MUJER *(gira sorprendida)*.- Ah, muy bien. Llegué justo, entonces

ANTONIO.- Parece queso

MUJER *(mira de reojo al Patrón y luego a los demás. No se anima a preguntar)*

ANTONIO.- Aquí lo tiene. Ya se lo puede ir llevando

MUJER *(gira otra vez hacia Antonio)*.- ¡Ah, sí! *(Mira la bandeja. Habla por cubrir el tiempo; por hablar)* Parece que está lindo, eh

ANTONIO.- Sí, está lindo. Lástima que le va a durar poco

MUJER *k*(aprovecha para reír con una risa falsa).- ¡Qué gracioso! *(Pero se pone seria en seguida)* Bueno... *(Quisiera preguntar pero no se atreve; está llena de desconfianza. Le da unos pesos a Antonio)* Sírvase. Y gracias

ANTONIO.- No, señora; no hubo gasto

MUJER *(con más énfasis)*.- ¡Bueno; muchas gracias!

ANTONIO.- No es nada

MUJER *(no tiene más remedio que tomar la bandeja. Luego gira y se enfrenta con el Patrón. No puede irse sin tratar de averiguar algo)*.- Pero al fin, patrón, no me dijo por qué cerró el negocio. *(El Patrón, inmóvil, no contesta. Tiempo)*

ANTONIO.- el patrón no se siente bien, señora

MUJER *(haciéndose la sorprendida)*.- ¿Ah, no? ¿Y es por eso que cerró el negocio?

ANTONIO *(como si comenzara a explicar, cansado)*.- Cerró el negocio porque....

PATRÓN *(montado explotando)*.- ¡Cerré el negocio porque se me dio la gana, y basta! *(Tiempo. La Mujer mira a los otros con indignación)*

MUJER *(pálida)*.- ¡Es la primera vez que me dicen una cosa así!

ANTONIO *(la toma de un brazo)*.- Y trate de que sea la última, señora. Vaya; vaya tranquila

MUJER.- ¡Tranquila! ¡Je! *(Como si se vengara)* ¡El barrio está demasiado alborotado hoy para que una se pueda sentir tranquila!

ANTONIO *(con atención)*.- ¿Qué quiere decir?

MUJER *(detenida en la puerta)*.- ¡Quiero decir que el barrio está alborotado! ¿O no entienden lo que es eso? *(Echa una mirada acusadora a todos y se va levantando la cabeza)*

PATRÓN *(después de una pausa de alarma, a Antonio)*.- ¿La oyó? Esa mujer sabe algo ¿La oyó, no?

ANTONIO *(cansado)*.- todos la oímos, sí. *(Se sienta pesadamente)* Seguí contando, Badoglio

PATRÓN *(explotando)*.- ¡No va a seguir contando nada, qué caramba! ¿Ustedes qué se creen que es esto?

ANTONIO *(rápido y fuerte, también)*.- ¡Basta de nervios, patrón! *(Silencio. Más sordo)* Todos tienen un poco de culpa, acá ¡Y cada uno tiene su manera de aguantarla!



PATRÓN (*no cede*).- De aguantarla; pero no de pagarla. Porque aquí el único que va a pagarla soy yo

ANTONIO (*contenido, casi para sí*).- Eso es lo que usted cree

PATRÓN (*retándolo*).- ¡El negocio que van a cerrar es mío, no suyo!

ANTONIO (*más contenido*).- Acá hay muchas cosas nuestras, también

PATRÓN (*como antes*).- ¡Pero el que va a tener que pagar soy yo! Usted oyó a esa mujer, recién ¡bueno, todo el barrio es igual! ¿Se cree que va a resultar fácil, después, volver a levantar la cortina? ¿Quién los va a hacer callar cuando se enteren de todo lo que está pasando? ¿Eh? ¿Usted?

ANTONIO.- No. Nadie los va a hacer callar

PATRÓN.- ¡Claro! ¡Y eso a usted no le importa! ¡Porque el negocio no es suyo! ¡Porque los doce años que yo me pasé aquí no son suyos! (*Grita, casi*) ¡Porque toda la vida que me costó levantar esto no es suya! ¡Es mía!, ¿comprende? ¡Mía!

ANTONIO (*fuerte y rápido*).- ¿Qué más tiene para arriesgar? (*Silencio. Sigue intenso*) ¡Todos nosotros tenemos también una vida encima nuestro! ¡Y no la arriesgamos ahora, al llamar a esa gente, sino antes, al mirar esa harina, y tenerla en las manos, y no entender nada! ¡Nosotros ya entendimos, aunque sea tarde! ¡Pero ya es hora de que usted también entienda! (*Casi grita*) ¡Aunque sea tarde, ya es hora de que usted también en-tien-da! (*Esta vez sus nervios lo dominaron, inclinó su cuerpo hacia el patrón y golpeó con su puño la mesa que los separa. Tres segundo así. El Patrón, nervioso, retrocede sin rumbo, mirando a todos en busca de ayuda. Inmediatamente: grave. Pesado*) Seguí contando, si querés, Badoglio. (*Gira y con paso decidido sale por la puerta que comunica con el fondo de la casa. Un instante de silencio. Juana furtivamente, sale por la puerta de foro izquierda, que también comunica con el corredor, y desde allí observará el lugar por donde Antonio se alejó. El Patrón queda ahí, abatido. Todos se miran al fin:*)

GARUFA (*a Mateo*).- ¡Lindo lío hiciste vos! ¿eh?

MATEO.- ¿Por qué?

GARUFA.- Cómo por qué. Si te hubieras callado no habría pasado nada

JOSÉ (*interviniendo*).- No digas macanas<sup>38</sup>, querés. Si se hubiera callado habría sido peor.

GARUFA.- ¡Qué sabés vos! Si éste no hubiese hablado ahora estaríamos más tranquilos

JOSÉ.- Ahora ¿pero y después?

GARUFA.- ¡Después, después! ¿Qué importa después? ¡Yo te estoy hablando de ahora!

---

<sup>38</sup> *Macanas*: en el texto por mentiras

JOSÉ.- Calláte; si vos ni sabés de qué hablás

GARUFA.- Ah, no, sabés vos. Que lo único que hacés es defenderlo a éste

JOSÉ.- ¡Y claro que lo defiendo!

GARUFA.- Ya sé. Todo porque habló bien de los judíos

JOSÉ.- ¿Y acaso no hablo bien de los cristianos, también?

GARUFA.- ¿Y eso qué interesa?

JOSÉ.- ¿Cómo qué interesa? ¿Vos no sos cristiano, acaso?

GARUFA (*pausa. Duda. Luego evade*).- ¡Qué te importa, che! (*Y explota*) Desde hoy, ya, que estás secando con esto ¡Qué tanto judío ni cristiano! ¡Acá somos todos iguales!

JOSÉ.- ¡Y bueno, eso es lo que yo digo!

GARUFA.- ¿Estamos de acuerdo, entonces?

JOSÉ.- ¡Y claro que estamos de acuerdo!

GARUFA.- Bueno ¡entonces no lo defiendas más!

JOSÉ (*quedado helado. Mira a Badoglio*).- Pero... ¿vos lo entendés, Badoglio?

BADOGLIO (*nervioso, disgustado*).- ¡La cosa es que se entiendan ustedes de una buena vez, así se callan! ¿Estamos?

PATRÓN (*que después de seguir el diálogo con atención, se había puesto de pie; señalando a Mateo*).- ¿Así que había sido él el que trajo la historia esa de Francia?

BADOGLIO.- Bueno... Yo también la sabía

PATRÓN.- ¿Pero fue él, no?

MATEO.- Sí, fui yo

PATRÓN (*se aproxima a él. Lo mira fijo*).- ¿Eso es todo lo que hiciste desde que llegaste?

JOSÉ (*tímidamente*).- Él no hizo más que contar lo que sabía, patrón

PATRÓN.- Con usted no hablo. (*Al muchacho*) Y vos, mejor, te me vas cambiando. No quiero gente que apenas llega empieza a hacer lío. (*Todos se miran*)

JOSÉ (*al fin*).- Patrón: Mateo no tiene la culpa. Lo único que él...

PATRÓN (*interrumpe*).- Le dije que con usted no hablo (*Pausa*) Ser bueno no quiere decir ser zonzo. Y tengo derecho a elegir a la gente que trabaja en mi casa (*Pausa*.  
*Mateo arranca hacia la salida*)

GARUFA (*de pronto*).- ¡No, vos espera, che; no te vayás! (*Mateo gira*) Usted no puede hacer eso, patrón

PATRÓN.- ¡Cómo que no puedo! ¿Esta es mi casa o no?

GARUFA.- Será. Pero aquí también trabajamos nosotros. Y somos todos compañeros

JOSÉ.- ¡Fenómeno, Garufa!

PATRÓN.- ¿Qué quiere decir con eso?

GARUFA.- Que cuando él contó lo que contó todos estuvimos de acuerdo. Así que nos tendría que echar a todos, entonces

PATRÓN.- ¡Yo en mi casa echo a quien se me da la gana!

GARUFA.- ¡Está bien! (*Cabeceando hacia la puerta*) ¿Vamos, Polaco, entonces?

JOSÉ (*contento*).- ¡Sí, vamos! (*Camina hacia la puerta: allí está Mateo*)

GARUFA (*sin pausa*).- ¿Vos, Badoglio, venís?

BADOGLIO (*dos segundos de duda; luego arroja su gorro contra la mesa, con rabia*).- ¡La gran siete! ¡Má qué pasa hoy por aquí! ¡Todo el mundo está loco esta mañana! (*Más suave, pero no mucho*) Usted también, patrón, ¿por qué tiene que echar al chico? ¿Le parece poco el lío que ya se armó, acá? ¡Primero espere a que pase todo esto, y después véalo trabajar!

PATRÓN.- ¡No pienso verlo trabajar! ¡Por lo menos aquí!

BADOGLIO (*se contiene, intenso*).- ¿Ah, no? Entonces si es por capricho... ¡también va a tener que ir a otra parte para vernos trabajar a nosotros! (*A Garufa*) ¡Vamos! (*Camina hacia la puerta*)

MATEO (*quiere intervenir*).- Pero no. Ustedes no tienen por qué...

GARUFA.- ¡Vos calláte!

PATRÓN.- ¡Un momento, Lupo! (*Badoglio se detiene*) ¡Ustedes no me pueden dejar así, en este momento!

BADOGLIO.- ¡Usted tampoco lo puede dejar así al chico, y lo deja!

PATRÓN.- ¡Pero ustedes no pueden irse, ahora!

BADOGLIO.- ¡No tenga miedo, que no nos vamos a escapar! *(Señala su ropa)* ¡Nos vamos a ir sacando el uniforme, nada más! ¡Total, ahora está la bandera blanca! *(Señala arriba)* ¡Porque esto es igual que la guerra, al fina; ni más ni menos! *(Camina)*

PATRÓN.- ¡Un momento, Lupo! *(Badoglio se detiene. Larga pausa. El Patrón busca la manera de llegar a un acuerdo, pero no la encuentra. Al fin:)* Está bien. Si hacen una cuestión de fuerza... que se quede

BADOGLIO *(aflojándose, lentamente)*.- ¡Fuerza, fuerza! No me venga con eso ahora, patrón. ¡Que el que no la usa... es porque no la tiene! *(Todos vuelven a sus lugares. Por la puerta derecha, llegando desde el fondo, aparece Antonio. Juana, a quien se la estuvo viendo más allá de la puerta izquierda de foro, sentada nerviosa sobre una bolsa de harina y vigilando hacia el fondo de la casa, se había puesto de pie con las últimas palabras de Badoglio y entrando nuevamente por la misma puerta acompaña ahora la aparición de Antonio. Éste llega vestido con pantalón de traje común y camisa, sin corbata. En lugar de las alpargatas lleva zapatos. El saco en una mano y en la otra, hecha un ovillo, la ropa de trabajo que acaba de quitarse. De su hombro cuelga un bolso. Todos lo miran en silencio, sorprendidos, mientras él se acerca a una mesa y coloca allí sus cosas. Luego arroja el saco sobre un banco e inmediatamente, con papel de diario, comienza a envolver su ropa, que colocará dentro del bolso)*

JOSÉ *(acercándose, lentamente)*.- ¿Qué pasa, Toño? ¿Por qué te cambiaste?

ANTONIO *(no contesta)*

GARUFA *(insiste, a su vez)*.- ¿Qué, Toño? ¿Te vas?

ANTONIO *(con un tono pausado, firme y definitivo que no perderá en el resto de la escena)*.- Por ahora no se puede ir nadie, me imagino

JOSÉ.- Sí, pero... ¿Y después?

ANTONIO.- El después está por verse

PATRÓN *(agobiado, con veinte años más)*.- No sé para qué va a esperar. Si quiere se puede ir ahora, también, total...

ANTONIO.- Me voy a ir cuando llegue el momento. Ahora... y con su permiso, patrón... tengo que quedarme hasta que llegue esa gente.

PATRÓN *(igual que antes, pero intentando ser mordaz)*.- Para qué. Puede irse igual. Pueden irse todos juntos, nomás. Ellos también se querían ir, recién *(Antonio mira rápido a José para entender)*

JOSÉ *(explica)*.- Lo quería echar a Mateo

PATRÓN *(más agobiado aún)*.- Pero resulta que yo no mando en mi casa. Los demás son los que mandan ahora

ANTONIO (*lo mira casi con tristeza*).- Vea, patrón: cuando tenga tiempo... salga y cómprese un mapa, ¿quiere? Uno de esos con los cinco continentes... Le juro que le va a hacer bien. A mí me gustaba, cuando era pibe, recorrer todo el mundo con el dedo. Uno aprende que el mundo es grande, ¿sabe? Uno ve toda esa cantidad de tierra, y piensa en los millones y millones de tipos que hay por ahí, y al fin termina diciéndose: "Yo soy uno, nomás. Nada más que uno. Uno entre millones y millones y millones." "Los demás", como dice usted (*Tiempo*) Pero cada uno de "los demás" también vive; y también, para cada uno de ellos, su vida es una cosa importante. (*Tiempo*) Vaya, Patrón, cómprese un mapa; mírelo hasta que se diga: "Yo soy uno, nomás. Nada más que uno." Le juro que le va a hacer bien (*Antonio termina con calma, como empezó. Suena un timbre lejano. Todos quedan quietos. El timbre vuelve a sonar dos veces*)

JOSÉ.- ¡Ahí están!

GARUFA.- Quién sabe... quién sabe es algún cliente (*Pausa. Todos se miran. El Patrón no sabe qué hacer*)

ANTONIO (*calmo*).- Hay que ir a ver, patrón. (*El Patrón duda un instante. Al fin no tiene más remedio que decidirse y avanza, lentamente, titubeante, hasta desaparecer por la puerta que da al negocio. La Empleada sale detrás de él. Todos, nerviosos, esperan la llegada de los hombres. Juana avanza lentamente hacia la puerta, con una lejana sonrisa de triunfo. Al fin se oyen pasos y todos miran hacia la puerta. Aparece el Patrón, nervioso, señalando el camino a dos hombres. Son dos hombres comunes, no tienen más que la corriente expresión severa de los hombres que están autorizados a aplicar la pequeña justicia. Detrás aparece la Empleada. El Patrón avanza señalando la bolsa de harina de centeno*)

PATRÓN (*adoptando actitud de víctima*).- Debe ser ésta. Pero los del molino dijeron que no era nada; que estaba un poco seca, nada más. (*El Hombre 1º no oye el comentario y va directamente a la bolsa. Observa y toma la harina en sus manos. La revisa. Se la muestra al compañero y cambia con él una mirada de inteligencia. Luego la deja caer. Después los dos se desplazan revisando el contenido de otras bolsas*) Todas las demás están bien. Se lo puedo asegurar. (*No lo escuchan. Siguen revisando. Al fin vuelven a la bolsa de harina de centeno*)

HOMBRE 1º (*mirando a fondo al patrón*).- ¿Y usted no se dio cuenta del estado de esta harina?

PATRÓN.- Sí, me di cuenta ayer. Y hablé en seguida con el molino. Pero allí me dijeron que no me preocupara

HOMBRE 1º (*al mismo tiempo que saca una libreta y comienza a anotar*).- Usted debe saber lo que tiene en su negocio

PATRÓN.- Pero el molino...

HOMBRE 1º.- Esa es otra cuestión. Después vamos a ver las boletas

HOMBRE 2º (*que estaba junto al pan mirando*).- ¿Este es todo el pan que hay? (*Señala dos canastas chicas*)

PATRÓN (*girando*).- Sí, eso es todo

HOMBRE 2º.- Bueno, lo tira eh

PATRÓN.- Sí, sí, cómo no

HOMBRE 2º.- ¿Y la harina? (*Señala la bolsa*) ¿Esa es toda?

PATRÓN.- Sí, esa es toda

HOMBRE 2º.- Bueno, la tira también, eh

PATRÓN.- Sí, sí. No la tiré antes porque estaba esperando que ustedes llegaran. Si no...

HOMBRE 1º (*que oyó, girando interesado*).- ¿Cómo? ¿Qué esperaba usted?

PATRÓN (*desguarnecido*).- Que ustedes... que ustedes llegaran

HOMBRE 1º (*después de mirar inteligentemente a su compañero*).- ¿Y usted sabía que veníamos para acá?

PATRÓN (*vacila*).- Claro... Si se llamó desde aquí

HOMBRE 1º (*con una mirada a fondo*).- Nosotros recibimos un llamado anónimo. Yo mismo atendí. Fue una voz de mujer y no quiso decir quién era

JUANA (*firme*).- Era yo. Cuando llamé tenía razones para no decir quién era

HOMBRE 1º (*la observa detenidamente; luego, al Patrón*).- ¿Su esposa?

PATRÓN.- Sí

HOMBRE 1º (*otra vez hacia ella*).- Bueno; ustedes se entenderán. (*Arranca una boleta*) El caso es que esto fue una denuncia; y ahora van a tener que pagar una multa (*Le extiende la boleta al Patrón*)

PATRÓN (*no entiende*).- ¿Una multa?

HOMBRE 2º.- ¿Qué? ¿Todavía se queja?

PATRÓN (*rápido*).- No, no. No me quejo

HOMBRE 1º.- Puede darse por satisfecho; la sacó barata

HOMBRE 2º.- Pero otra vez paga el doble; así que ya sabe

JUANA (*va comprendiendo que algo extraño ocurre*).- ¿Otra vez?

HOMBRE 2º (*continúa*).- Y si se descuida, clausura

JUANA (*rápido, desconcertada*).- ¿Pero cómo puede haber “otra vez”?

HOMBRE 1º (*la enfrenta, al fin*).- Esta noche va a poder dormir tranquila, señora (*Señala la bolsa*) Aquí no hay nada de lo usted pensaba

JUANA (*casi con angustia*).- Pero... no puede ser. Esa harina...

HOMBRE 1º.- El hongo ese de que usted habló... lo conocemos muy bien y aquí no hay nada de eso

JUANA (*desolada, mirando la bolsa*).- ¿Pero entonces...?

HOMBRE 1º.- Igual hizo bien en llamar. Esa harina tampoco estaba bien. (*Al Patrón, mientras Juana queda inmóvil, sin poder creer lo que ha oído*) A ver esas boletas del molino

PATRÓN (*le ha vuelto el alma al cuerpo*).- Sí, cómo no, cómo no. Pase. (*Le indica ágilmente el camino*)

JUANA (*reaccionando*).- ¿Pero esa gente, inspector? ¿Esa gente que...? Yo le dije a usted... ¡Usted sabe!

HOMBRE 1º (*girando hacia ella*).- ya lo averiguamos, no se preocupe. Gripe. Una gripe fuerte, que después se complica con encefalitis<sup>39</sup>. Pero siempre menos peligros que lo que usted... se había imaginado (*Gira de nuevo para irse*)

JUANA (*desolada*).- ¿Pero entonces quiere decir... que no es cierto?

HOMBRE 1º (*ahora gira lento y con una expresión severa de fastidio en su rostro*).- No es cierto qué (*La mira fijamente*) No me diga que además de imaginarlo... también le habría gustado

JUANA (*aplastada, temerosa de sí misma*).- No, no. No me habría gustado. A quién le puede gustar

PATRÓN (*urgido, antes de que ocurra algo*).- Cuando quiera, señor inspector. Puede pasar.

HOMBRE 1º (*al 2º*).- No entiendo nada de nada (*Y sale, seguido por el Hombre 2º, el Patrón y la Empleada. La escena queda en silencio. Juana, replegada en sí misma, con un gesto de vergüenza y desencanto a la vez. Antonio, también reconcentrado pero firme, franco y con los labios apretados. Badoglio, José, Garufa y Mateo, que se miran todavía sin comprender. Así varios segundos. Al fin Badoglio se sienta. Aliviado, pasándose un pañuelo por el rostro. José se mira entonces con Garufa, tratando de sonreír y éste le responde soplando de alivio y arrojando su gorro sobre la mesa. A pesar de que el peligro ha pasado, los nervios todavía juegan en el esfuerzo de cada uno por entender que han sido absueltos*)

---

<sup>39</sup> Encefalitis: inflamación del encéfalo

GARUFA.- ¡Menos mal!, ¿eh, Badoglio?

JOSÉ.- ¡Qué salvada!

GARUFA.- ¿Vos sabés? ¡Yo ya me veía haciendo pancitos en la penitenciaría!

JOSÉ.- ¿Vos? ¿Y por qué te iban a llevar, a vos?

GARUFA (*importante*).- ¿Cómo por qué? ¡Por envenenador! ¿Te parece poco?

JOSÉ.- ¡Cállate, qué te iban a llevar! (*A Garufa se le ocurre una idea*)

GARUFA.- ¡Esperá! (*Se acerca rápido hasta donde todavía está el pan de centeno. Toma uno de ellos y lo muestra cómicamente*) ¡El pan de la locura! (*Corta un trozo y se lo pone en la boca. Lo come moviendo las mandíbulas exageradamente y en seguida hace un gesto extraño y comienza a dar chillidos agudos, agarrándose de la cabeza y haciendo cómicos gestos de loco mientras corre alrededor de toda la escena. José ríe festejando la ocurrencia. Los otros no*)

JOSÉ (*riendo*).- ¡Mirálo, Toño! ¡Se volvió loco!

ANTONIO (*calmo y neto*).- ¡Basta muchachos!

GARUFA (*detenido de golpe*).- ¿Por qué, Toño? Ahora no pasa nada; nos podemos reír

BADOGGIO (*interviniendo*).- Vamos. A llar este pan y esta harina para el fondo. Que no quiero verlo más aquí, vamos

GARUFA.- Bueno, che, está bien. No es para tanto

BADOGGIO.- Vamos trabajá

JOSÉ (*tomando la bolsa desde arriba*).- Dale, agarrá de ahí abajo. (*Garufa hace un gesto de disconformidad pero obedece. En silencio llevan la bolsa hacia el fondo saliendo por la puerta de foro derecha. En escena, todos quietos. Mateo se acerca a Antonio, cabizbajo*)

MATEO (*se decide a hablar*).- Toño

ANTONIO (*reconcentrado, recién descubre la presencia del chico*).- ¿Qué?

MATEO.- Yo estuve pensando

ANTONIO (*apenas lo escucha*).- Ah, sí

MATEO.- Sí. Si me hubiera callado no habría pasado nada

ANTONIO (*lo mira por primera vez*).- Estás equivocado...

MATEO (*porfiado*).- No; yo tengo la culpa de todo



ANTONIO.- La culpa. *(Pausa)* No. Vos no tenés la culpa

MATEO *(más disgustado)*.- Sí, la tengo yo. Si me hubiera callado no habría pasado nada

ANTONIO.- No, Mahoma. Aunque no hubieras hablado la culpa estaba igual, desde antes. Vos viniste aquí, hablaste, y de repente... Pero vos no la trajiste. Ya estaba acá

MATEO.- No entiendo, Toño. ¿No oyó lo que dijo el inspector? Nos equivocamos; no era lo que nosotros pensábamos

ANTONIO *(sin mirarlo, lentamente)*.- Eso no cambia nada *(Lo mira. Pausa)* ¿Tampoco entendés si te digo que eso no cambia nada?

MATEO *(después de vacilar)*.- No

ANTONIO *(se pone de pie. Esboza una sonrisa. Lo palmea cariñosamente)*.- Tu viejo lo entendería. *(Gira hacia la mesa donde tiene su ropa)*

MATEO *(después de quedar un segundo pensativo)*.- toño, yo... *(Antonio se detiene)* A mí también me gustaría entender

ANTONIO *(gira lentamente)*.- A veces hay que esperar. A uno no le entra todo de golpe en la cabeza. Nos pasa a los grandes... Más a vos, que todavía estás creciendo

MATEO.- Pero mi padre me explicaba, y a veces...

ANTONIO.- Yo te digo: sos chico

JUANA *(desde su lugar; inmóvil, intensa)*.- Mejor que lo sepa ahora, Antonio. Explíquele. Dígales quiénes somos los que tenemos la culpa. Y cuál es la culpa

ANTONIO *(ahora hosco con ella)*.- No hay ninguna necesidad. Ya lo aprenderá solo. Tiene tiempo

JUANA *(igual que antes)*.- Nosotros también tuvimos tiempo, una vez. Mejora que le explique ahora, antes de que sea tarde

ANTONIO *(quieto)*.- Usted está nerviosa, patrona

JUANA *(dirá todo esto en un susurro intenso, sorprendiéndose a sí misma, como si un mecanismo interior ajeno a su voluntad hubiera comenzado a marchar por su cuenta; como si una voz vieja y cansada por haber estado obligada al silencio durante años, hubiera encontrado al fin, milagrosamente, la oportunidad de hacerse oír)*.- No. Explíquele al muchacho cuál es la culpa. *(Señala el pan con un movimiento de cabeza)* Muéstrelle bien todo eso, que sepa cómo amasamos ese pan; cómo comemos ese pan. Cuéntele cómo pasamos cada día dando vueltas y vueltas, agarrados a esta rueda idiota que no lleva a ninguna parte, hundiéndonos cada vez más... amasando, comiendo, amasando y volviendo a comer esa cosa sucia y miserable. Y explíquele por qué nadie

tiene valor para soltarse; ni usted, ni yo, ni Lupo... ni mi marido. Nadie. Dígaselo al muchacho. Háblele del miedo. Que sepa que nuestra culpa está ahí. Que el veneno sigue ahí, ¡digan lo que digan esos hombres!

ANTONIO (*observándola inmóvil. Firme. Lento*).- Esos hombres también dijeron otra cosa. No quiero creer que tenían razón

JUANA (*igual que antes*).- ¿Por qué no? Quién sabe me habría gustado que toda esta historia hubiera resultado cierta. Cada culpa debe tener su castigo. Todo habría quedado en paz, así

ANTONIO (*neto*).- **Nada** habría quedado en paz, así. Ése no es el camino, patrona

JUANA (*fuerte, ahora*).- ¿Y cuál es el camino? ¡Cuál es el camino! (*Quedan mirándose, frente a frente. En ese momento se oye el ruido de la cortina metálica del negocio que vuelve a levantarse. Las cabezas giran hacia allí, marcando claramente el hecho. Juana comienza a sonreír mordazmente: cabeceando hacia el negocio*) ¿Ése? (*Su sonrisa se va convirtiendo, a medida que habla, en una pequeña risa mordaz*) La cortina vuelve a levantarse... y aquí no pasó nada. Completamente nada. Un susto...! una falsa alarma. Y a seguir dando vueltas, otra vez. Como antes, como siempre. Ahora... por los siglos de los siglos... ¡Amén! (*La última palabra la pronunció en medio de una risa fuerte, nerviosa, histérica, al borde del llanto. Y en medio de esa risa continúa:*) ¡Aquí... no pasó nada!

ANTONIO (*la mirada en el suelo, tenso, para sí; la risa de Juana como fondo*).- Aquí **pasó** algo, patrona

JUANA (*siempre riendo*).- Y ahora... otra vez., como antes...

ANTONIO (*mirándola repentinamente y acercándose a ella con severidad pero lentamente*).- ¡Usted sabe que pasó algo, patrona!

JUANA (*continúa*).- Nada... No pasó nada... (*Antonio, que ya está a su lado., la toma bruscamente de los brazos y sacudiéndola:*)

ANTONIO.- ¡Patrona! (*Juana queda inmóvil. Su risa se ha cortado como con un cuchillo. Mira a Antonio con mirada perdida, casi alucinada. Luego vuelve lentamente en sí, como si recuperara su voluntad, como si es mecanismo interior que la dominara se hubiera disuelto en los brazos de Antonio. Después, perdida, se desprende de él avergonzadamente y, como volviendo a tener conciencia de sus actos, comienza a sollozar hasta que se echa a llorar desesperada. Es un dique roto. Cae sobre un banco. Vencida. El llanto de Juana desguarnea a Antonio; lo desconcierta. Su dureza se transforma. Se acerca a ella suavemente, casi con ternura.*) Patrona... (*Ella no responde, continúa llorando. Antonio la observa y comprende que debe dejarla llorar. Mira hacia atrás, en donde Badoglio y Mateo observan inmóviles, preparados para llevar las canastas afuera. Ante la mirada de Antonio, Badoglio hace un gesto a Mateo y los dos salen por la puerta que da a los fondos. Antonio vuelve la mirada a Juana y luego, cansado y despreocupadamente, se sienta a su lado. Pausa. Juana va calmándose hasta que al fin:*)

JUANA.- Perdóneme. Hacía mucho tiempo que no lloraba

ANTONIO.- Bueno, pero ya lloró; y eso debe querer decir algo

JUANA.- No sé.

ANTONIO.- Por lo menos quiere decir que eso feo que recién tenía ahí adentro se fue, no está más

JUANA (*secándose las últimas lágrimas*).- Me imagino lo que pensará de mí. Sentí de veras que hacía falta ese castigo; no lo pude remediar.

ANTONIO.- Bah; a quién no le pasó alguna vez. Uno cree que un terremoto o un diluvio pueden servir para algo. Pero después comprende que no, que no arreglan nada. (*La mira*) Que el castigo es inútil. (*Tiempo*) Y usted ya lo comprendió, me imagino

JUANA (*pensándolo*).- No sé. Primero, cuando le pedí a usted que llamara, y cuando llamé yo, no sentía otra cosa que la necesidad de ayudar a esa pobre gente... de hacer algo bien hecho... y de que usted también lo hiciera. Pero después, cuando vinieron esos hombres y dijeron lo que dijeron, sentí como una amargura, de repente. Me pareció que todo volvía otra vez a estar como estaba; que no había pasado nada; cada uno volvía a estar en su cobarde y sucio lugar de siempre; y... y no lo pude soportar. (*Angustiosamente*) No podía soportar que no hubiera pasado nada y que...

ANTONIO (*interrumpe*).- ¡Bueno, bueno! No lo piense más, ¿quiere? Ahora sabe que igual ha pasado algo

JUANA (*pausa*).- No. No lo sé. Yo precisaba algo más que un susto. Yo precisaba algo... como una explosión, que me obligara a salir de esto. (*Lo mira*) Porque el miedo... también es asunto mío. Y yo precisaba una explosión que fuera más fuerte que ese miedo que me tiene atada a esta sucia vida desde hace ocho años, soportando todo, aceptando todo... Sí. Yo precisaba algo más para poder salir; y ahora...

ANTONIO.- Ahora igual puede salir. Se trata de mirar adelante

JUANA (*tiempo. Lento*).- Adelante ¿dónde queda eso?

ANTONIO (*trata de ayudar con una sonrisa*).- Yo también me hice la pregunta, hace muchos años. Mi madre ya había muerto y mi viejo la estaba siguiendo, cansado quién sabe. Y no paraba de repetirme. “Vos seguí adelante. Vos seguí adelante.” Fue lo último que me dijo: Yo era un pibe, pero no tuve más remedio que entender. (*Puasa*) Ahí queda adelante

JUANA (*como si hubiera comenzado a sonar una lejana música, de recuerdo*).- Me hubiera gustado conocerlo, de chico

ANTONIO (*sonríe*).- Quién sabe. Nunca fui un chico alegre

JUANA.- Ya lo sé

ANTONIO (*la mira y luego sonríe*).- Era... pelado. Me llamaban el Bocha<sup>40</sup>

JUANA.- Me hubiera gustado conocerlo

ANTONIO (*pintándolo*).- Siempre me acuerdo de él; los pantalones por la rodilla; la camisa rayada, de hombre, sin cuello. Y las alpargatas, con el dedo afuera. (*Se señala la cabeza*) Y la gorra, para tapar. (*La mira y con cierta timidez*) Qué le va a hacer, patrona. Otros hablan de sus hijos. Yo hablo de mí

JUANA (*tiempo. No se miran. Casi para sí*).- Esmos solos, Antonio

ANTONIO.- Somos unos cuantos los que estamos solos; y eso ya es algo. (*Se pone de pie. Quiere cambiar la situación*) Además, el día menos pensado nos juntamos todos y hacemos una gran fiesta. Va a ser la fiesta más divertida del mundo, va a ver. (*arranca hacia la mesa en donde está su ropa*)

JUANA (*lentamente*).- Pero usted ahora se va

ANTONIO (*naturalmente*).- Usted **también** se va

JUANA (*lo mira*).- No sé

ANTONIO (*recibe su mirada y la evade*).- Usted le dijo a su marido, hoy, con palabras claras, todo lo que tenía que decirle. Ahora no puede seguir más aquí

JUANA.- Por qué no. Hace ocho años que “sigo” aquí. Él en su mundo... yo en el mío... No nos engañamos. Esta muchacha no es la primera, usted sabe. Yo... siempre estuve de acuerdo. De modo que... (*Se encoge de hombros*)

ANTONIO (*fuerte*).- ¡Usted sabe que no puede seguir más aquí!

JUANA (*pausa. Lo mira. Lento*).- Antes yo traté de ayudarlo a usted. Ahora usted trata de ayudarme a mí. ¿Por qué? (*Antonio no responde. Gira su cabeza*) ¿Por qué no contesta? (*Antonio no responde. Sorda*) ¿Por qué no me dice lo que siente por mí? Ahora no tiene por qué callar (*Antonio no habla*) Lo venimos callando desde el día que usted llegó ¿Se acuerda? Los dos tropezamos ahí, en la puerta, y nos pusimos a reír. Cuando nos volvimos a ver, al rato, usted estaba junto al horno; se dio vuelta y me miró. Y me di cuenta de que a los dos nos había pasado lo mismo

ANTONIO (*sin mirarla*).- Lo mismo qué

JUANA (*lento ahora*).- Eso que le pasa a la gente cuando se siente sola, y de pronto se encuentra, y se mira

ANTONIO (*evadiendo*).- A mí no me pasó nada. Se lo hubiera dicho

JUANA.- No. Usted tuvo vergüenza, como yo. Y desde entonces no hicimos nada más que tener vergüenza, y habar de cualquier cosa, sin mirarnos; escapando, mintiendo (*Lo mira francamente. Se irá acercando a él poco a poco*) Pero usted y yo no nos

---

<sup>40</sup> *Bocha*: apodo por la cabeza sin pelo, que da la apariencia de un bolo del popular juego de las bochas

engañábamos; usted y yo sabíamos de qué se trataba. Y ahora podemos hablar (*Y ya está junto a él; sus brazos se acercan a los de Antonio como movidos a pesar de ella misma*) Podemos hablarnos, Antonio. Y mirarnos, y... (*Se detiene. Ahora se miran a los ojos, juntos, al borde del estallido. Transcurren cuatro segundos. Hasta que al fin en una reacción sorda:*)

ANTONIO.- ¡No, patrona! (*Se desprende nervioso y camina buscando una justificación*) Me sentiría tan porquería como hace un rato

JUANA (*que ha quedado inmóvil, sorda, herida, no tanto preguntando como exigiendo*).- Por qué

ANTONIO.- No sé. Sería como volver a hacer ese pan, con esa misma harina

JUANA (*igual*).- Por qué

ANTONIO (*estallando, sorpresivamente fuerte*).- ¡Por qué, por qué! ¡No es cuestión de preguntarse todo y contestarse todo! ¡Se siente, y es bastante!

JUANA (*como pidiendo perdón, después de una pequeña pausa*).- Yo pensé que ahora era distinto. Que podríamos mirarnos francamente, a los ojos. Pensé que ahora... quedábamos libres

ANTONIO (*como si le hubieran tocado una campana de alarma*).- ¡Libres!

JUANA (*“regresada”*).- Sí, libres. ¿Por qué no? Acaso nosotros...

ANTONIO (*neto, interrumpiendo*).- No es tan fácil ser “libres”, patrona. A nosotros... nos falta mucho para eso (*Y va hacia su bulto, decididamente*)

JUANA.- ¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que nos falta? (*Comenzó rápido, pero ahora sigue lenta y sorda y cada vez más intensa*) A ver, confíeselo. (*Creciendo*) ¿O va a tratar de escapar otra vez? ¿Eh? ¿Por qué no confiesa! (*Ya está frente a él, desafiándolo del otro lado de la mesa, casi sollozando, intensa*) ¿Pagar? ¿Eso es lo que nos falta? ¡Confíeselo! ¡Confíese que usted también necesita el castigo! ¡El diluvio, el pan o lo que sea, pero el castigo! ¡Y confíese que aquí no ha pasado nada, y que todo está igual que antes, y que... (*Desesperada, no puede seguir, y casi en un sollozo, apenas, agrega suplicante:*) ¡No se mienta otra vez, por favor!

ANTONIO (*la mira serenamente. Pausa*).- No, ya no. Otra vez no. Uno aprende. Hace un rato usted misma me dio una lección. Uno aprende. (*La mira*) Ahora es cuestión de que usted también aprenda. (*Desvía la mirada buscando y encontrando las palabras*) No es necesario pagar; es... (*No sabe explicar*) Usted hace un rato, ahí me habló de mi miedo. Bueno... Es como... si uno hubiera sentido una cosa adentro (casi toda la vida) y esa cosa de repente explota. Y explota porque alguien... porque usted... le dice a uno lo que se merece. Y entonces lo que se siente es necesidad de entender, de entender todo, de pies a cabeza. Y uno empieza a entender que durante toda la vida se **creyó** libre, pero no lo era. Al contrario; era el esclavo más esclavo del mundo (*La mira. Tiempo*) y empieza a entender, también, que tiene que salir de esto; pero salir diciéndose: “De ahora en adelante... cada cosa que te importe la tendrás que ganar; hasta que te sientas

libre... pero libre de veras, sin miedo; hasta que tengas el **coraje** de sentirte libre”  
(Pausa) ¿Comprende, patrona? No es castigo lo que necesito. Es otra cosa

JUANA (pausa).- ¿Eso quiere decir, entonces, que nosotros....

ANTONIO.- Primero tendremos que salir de esto. Usted y yo, sí; pero cada uno por su cuenta, hasta que cada uno se convenza de que es capaz de aguantar y seguir adelante: de ser libre (Tiempo) Después....

JUANA (como si lo esperara desde hace mucho tiempo).- ¿Después?

ANTONIO.- Me imagino que los que son capaces de encontrarse se encuentran, algún día. (Se miran, tensos, dos segundo. Juana comienza a entender, también. Por la puerta derecha aparece Badoglio; al ver la escena intenta volver sobre sus pasos cuando la voz de Antonio lo detiene.) Badoglio... aquí te dejo la horneada. Pensaba hacerla yo, pero... va a ser mejor.  
(Badoglio, ya detenido, opta por avanzar lentamente mirando a uno y a otro. Tiempo)

BADOGLIO (al fin).- Eso quiere decir que te vas (Al mismo tiempo, por la puerta derecha aparecen Garufa y José)

ANTONIO.- Sí, me voy

GARUFA (avanzando con timidez).- Qué. ¿Te vas igual, ahora?

ANTONIO (recuperándose, mira a los dos que acaban de llegar y nota la ausencia del muchacho).- ¿Y... Mahoma?

JOSÉ.- No sé; estaba allí con nosotros, y.... (No sabe dar más explicaciones)

GARUFA (insiste).- ¿Pero te vas en serio, Toño?

ANTONIO (intenta sonreír).- Qué te parece

JOSÉ.- Pero Toño: si al final nosotros no...

ANTONIO (interrumpe deliberadamente. A Badoglio).- Me olvidaba. Decíle al patrón que mañana le mando un maestro de pala. Conozco uno que puede venir

BADOGLIO (intentando la última posibilidad).- Por qué no esperás. Ahora nomás aparece y vos mismo...

ANTONIO (interrumpe).- No, Badoglio. No va a aparecer; hasta que yo me vaya no va a aparecer (Toma su bolso y su saco)

BADOGLIO (derrotado).- ¿Y adónde vas? ¿Sabés ya?

ANTONIO (recién ahora lo piensa).- No, todavía no. Quién sabe... (Se interrumpe porque en la puerta derecha aparece Mateo, nuevamente vestido como cuando llegó,

*con las valijitas en la mano. Comprenden. Antonio hace esfuerzos por sonreír) Total... vos no tenés nada que ver con esto ¿Y no te oponés, no, a que yo...*

MATEO.- No, al contrario, Toño. Casualmente, recién...

ANTONIO *(con cariño, lo interrumpe)*.- Buenobuenobueno. Pero sin hablar mucho, eh

MATEO *(entiende)*.- Sí, Toño

ANTONIO.- Cuanto te lo pida, sí. Me vas a contar cosas. Como ésa de la puerta chica y la puerta grande. Me gustan

MATEO.- Cuando quiera, Toño

ANTONIO *(enfrenta definitivamente a Badoglio. De ahora en adelante querría que todo sucediera velozmente)*.-Entonces... chau, Lupo *(Marca notablemente el verdadero nombre de Badoglio y le tiende la mano)*

BADOGLIO *(lo mira y toma su mano)*.- Chau, toño *(Se aleja)*

ANTONIO *(lo mismo con José)*.- Chau... Abraham

JOSÉ *(igual)*.- Chau. *(También se aleja)*

ANTONIO *(frente a Garufa)*.- ¿Y vos? ¿Cómo era que te llamabas?

GARUFA *(simple, porque le gusta)*.- Garufa, nomás, Toño

ANTONIO *(le tiende la mano)*.- Chau, Garufa

GARUFA.- Chau *(Se reúne con Badoglio y José. Tiempo. Antonio, lentamente, enfrenta a Juana, que está sentada en un banco, inmóvil y con la mirada perdida)*

ANTONIO.- Adiós, patrona *(Juana levanta la cabeza lentamente. Mira a Antonio con ternura. Una sonrisa quiere comenzar a aparecer en su rostro, pero su tristeza es quizás más fuerte. Gira lentamente y se aleja sin responder hacia la puerta derecha. Antonio se acerca a ella con un movimiento rápido) Le dije adiós, patrona. (Juana se detiene y gira lentamente. Reúne todas sus fuerzas para mirar a Antonio a los ojos. Al fin:)*

JUANA.- Adiós, Toño *(Y queda mirándolo unos segundos mientras sus manos, suavemente, va desabotonando su guardapolvo de trabajo. Luego, con la misma suave decisión, gira y se aleja por la puerta derecha. Antonio aprieta sus mandíbulas y agacha la cabeza. Al final, mira a su alrededor. El muchacho, ahí nomás, espera. Se acerca a él y con un movimiento de tierna cordialidad lo lleva hasta la puerta izquierda. Una vez allí, gira y enfrenta a sus compañeros. Apenas un corto movimiento de la mano y:)*

ANTONIO.- Chau, muchachos *(Y desaparece)*

*(Antonio ya se ha ido. Y Mateo. Han quedado solos, mirándose, Badoglio, José y Garufa. Pero en seguida esquivan las miradas. Badoglio hace un burdo movimiento con la cabeza y José entiende. Los dos van retirando la bandeja con los panes preparados y la colocan sobre la mesa. Garufa, al mismo tiempo, caminó hasta la batea y allí se detuvo. Los tres están ahora en el mismo lugar en que estaban cuando el telón se levanto por primera vez. Garufa comienza a cantar, como entonces, aquel tango. Pero su voz es otra; lleva un medio tono apagado, tímido. Los otros dos están frente a la bandeja, uno a cada lado de la mesa; inmóviles. Cuando el telón comienza a cerrarse lentamente, ya no cabe la menor duda de que, sea quien sea el futuro maestro de pala, Antonio y Mato estarán presente cada vez que se amase el pan en esa cuadra de panadería)*

## TELÓN LENTO